



Julio Verne

El Conde
de Chanteleine

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CONDE DE CHANTELEINE

JULIO VERNE

PUBLICADO: 1864
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

I. — DIEZ MESES DE UNA GUERRA HEROICA.

El 24 de febrero de 1793, la Convención Nacional decretó una leva suplementaria de trescientos mil hombres para resistir a la coalición extranjera; el 10 de marzo siguiente, el sorteo de los reclutas debía tener lugar en Saint-Florent, en Anjou, para el contingente de dicha comuna.

Ni la proscripción de los nobles ni la muerte de Luis XVI habían podido conmover a los campesinos del Oeste; pero la dispersión de sus sacerdotes, la profanación de sus iglesias, la entronización de los curas juramentados en las parroquias y, en fin, esta última medida de la conscripción, los empujaron al límite. — ¡Ya que hay que morir, muramos en casa! — gritaron.

Se lanzaron sobre los comisarios de la Convención y, armados de sus bastones, pusieron en plena desbandada a la milicia reunida para proteger el sorteo.

Ese día comenzaba la guerra de la Vendée; el núcleo del ejército católico y real se formaba bajo la dirección del carretero Cathelineau y del guarda de caza Stofflet.

El 14 de marzo, la pequeña tropa se apoderó del castillo de Jallais, defendido por los soldados del 84.º regimiento y por la guardia nacional de

Charonnes. Allí les fue arrebatado a los republicanos el primer cañón del ejército católico, al que bautizaron el Misionero.

—Esto necesita continuación —dijo Cathelineau a sus camaradas.

Esa continuación fue la guerra de aquellos campesinos, que pusieron en jaque a las mejores tropas de la república.

Tras el golpe de mano en el castillo de Jallais, los dos jefes vendeanos se apoderaron de Chollet e hicieron cartuchos con las cargas de los cañones republicanos. El movimiento ganó desde entonces las provincias del Poitou y Anjou; a finales de marzo, Chantonnay fue saqueado y Saint-Fulgent tomado. Se acercaba la Pascua; los campesinos se separaron para cumplir con sus deberes religiosos, cocer pan y cambiar los zuecos gastados de perseguir a los Azules.

En abril, la insurrección recomenzó; los mozos del Marais y los del Bocage se reunieron bajo las órdenes de los señores de Charette, de Bonchamps, d'Elbée, de La Rochejaquelein, de Lescure, de Marigny. Algunos hidalgos bretones se sumaron al movimiento, y entre ellos uno de los más valerosos, uno de los mejores: el conde Humbert de Chanteleine; dejó su castillo y se incorporó al ejército católico, que contaba entonces con cien mil hombres.

El conde de Chanteleine, siempre en primera línea, estuvo durante diez meses en todas las victorias como en todas las derrotas: vencedor en Fontenay, Thouars, Saumur y Bressuire; vencido en el sitio de Nantes, donde murió el generalísimo Cathelineau.

Pronto todas las provincias del Oeste se levantaron en armas.

Los Blancos avanzaron entonces de victoria en victoria, y ni Aubert Dubayet, ni Kléber con sus temibles mayenceses, ni las tropas del general Canclaux pudieron resistir su indómita ardor.

La Convención, aterrada, ordenó destruir el suelo de la Vendée y expulsar de él a las «poblaciones». El general Santerre pidió minas para volar el país y humos soporíferos para sofocarlo; quería proceder por asfixia general. Los mayenceses fueron encargados de «crear el desierto» decretado por el comité de salud pública.

Las tropas reales, ante estas noticias, se volvieron terribles; el conde de Chanteleine mandaba entonces un cuerpo de cinco mil hombres; combatió como un héroe en Doué, en los puentes de Cé, en Torfou, en Montaigu. Pero al fin sonó la hora de los reveses.

El 9 de octubre, Lescure fue vencido en Châtillon; el 15, los vendeanos eran expulsados de Chollet; pocos días después, Bonchamps y d'Elbée caían heridos de muerte. Marigny y Chanteleine hicieron prodigios de valor, pero las columnas republicanas los acosaban de cerca; fue preciso pensar entonces en cruzar de nuevo el Loira con un ejército fugitivo que contaba aún con cuarenta mil hombres en condiciones de combatir.

El río fue cruzado en medio de una confusión extrema. Chanteleine y los suyos se reunieron con el ejército de La Rochejaquelein, recién nombrado generalísimo, y allí, a pesar de Kléber, los Blancos obtuvieron una gran victoria ante Laval, la última de aquella heroica campaña.

En efecto, los Blancos estaban desorganizados. Chanteleine trabajó cuanto pudo por rehacer el ejército real; no tenía para ello ni tiempo ni medios. Marceau acababa de ser nombrado general en jefe por el comité de salud pública y perseguía a los realistas con extremo rigor. La Rochejaquelein, Marigny y Chanteleine tuvieron que replegarse sobre Le Mans, luego retroceder a Laval, de donde fueron expulsados por tercera vez, y huir finalmente hacia Ancenis para volver a cruzar a la orilla izquierda del Loira.

Pero no había ni un puente ni una barca; la masa desesperada de los campesinos descendió por la orilla derecha del río y, sin poder regresar a la Vendée, los fugitivos no tuvieron más recurso que lanzarse sobre Bretaña. En Blain obtuvieron una última ventaja de retaguardia y se precipitaron hacia Savenay.

El conde de Chanteleine no había faltado a su deber ni un solo instante; fue durante la jornada del 22 de diciembre cuando Marigny y él, seguidos de una muchedumbre aterrada, llegaron ante la ciudad; se emboscaron con un puñado de vendeanos en dos pequeños bosques que cubrían Savenay.

— Aquí hay que morir — dijo Chanteleine.

Pocas horas después aparecieron Kléber y la vanguardia republicana; el general lanzó tres compañías sobre los mozos de Marigny y Chanteleine; pese a sus esfuerzos tenaces, los desalojó y los obligó a retirarse a la ciudad.

Luego se detuvo y no dio un paso más. Marceau y Westerman le instaron a atacar; pero Kléber, queriendo dar tiempo a todo el ejército real para concentrarse en Savenay, no se movió. Dispuso sus tropas en media luna sobre las alturas vecinas y esperó pacientemente la hora de aplastar a los Blancos de un solo golpe.

La noche que llegó fue siniestra y silenciosa. Se presentía que el desenlace de aquella guerra estaba cerca. Los jefes realistas se reunieron en consejo supremo. Ya no quedaba nada que esperar salvo la energía de la desesperación; nada de cuartel, nada de rendición, toda huida imposible: era preciso, pues, combatir, y para combatir mejor, atacar.

Al día siguiente, el 23 de diciembre, o, para hablar el lenguaje del calendario republicano, el 3 de nivoso del año II, a las ocho de la mañana, los Blancos se lanzaron sobre los Azules.

El tiempo era horrible; una lluvia fría y glacial caía a torrentes; los pantanos estaban cargados de nieblas; el Loira desaparecía bajo la bruma; el combate iba a librarse en el fango.

Aunque inferiores en número, los vendeanos atacaron con un ardor irresistible. A los gritos de ¡Viva el rey! respondían los gritos de ¡Viva la república! El choque fue terrible; la vanguardia republicana cedió; el desorden cundió en las primeras filas de los Azules, que refluían hasta el cuartel general de Kléber. Las municiones empezaron a escasearles.

— ¡No tenemos más cartuchos! — gritaron algunos soldados a su general.

— ¡Pues bien, muchachos, a culatazos! — respondió Kléber.

Y al mismo tiempo lanzó un batallón del 31.º; faltaban caballos igual que municiones; pero el general republicano, haciendo caballería de su estado mayor, arrojó a sus oficiales sobre el enemigo.

Los Blancos empezaron entonces a ceder; tuvieron que retirarse a Savenay, donde fueron perseguidos sin tregua. En vano hicieron prodigios de valor; tuvieron que ceder al número. Piron y Lyrot cayeron muertos, las armas en la mano. Fleuriot, tras intentar en vano reagrupar a sus dispersas huestes, tuvo que abrirse paso a través del ejército republicano para precipitarse con un puñado de hombres hacia los bosques cercanos.

Entre tanto, Marigny y Chanteleine luchaban con desesperación; pero las filas de los campesinos se iban aclarando; la muerte y la fuga abrían huecos.

— ¡Todo está perdido! —dijo Marigny al conde de Chanteleine, que combatía como un héroe a su lado.

El conde era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de bella estatura, el semblante noble, audaz pero triste bajo el polvo y la sangre, soberbio de ver pese a sus ropas manchadas; sostenía en una mano una pistola descargada y en la otra su sable ensangrentado y torcido; acababa de reunirse con Marigny tras haberse abierto paso entre las filas republicanas.

— Ya no hay manera de defenderse —dijo Marigny.

— ¡No, no! —respondió el conde con un gesto de desesperación—. Pero esas mujeres, esos niños, esos ancianos que llenan la ciudad, ¿los abandonaremos?

— ¡Claro que no, Chanteleine! Pero ¿hacia dónde dirigirlos?

— Por la ruta de Guérande.

— ¡Pues ve! Arrástralos en tu estela.

— ¡Pero tú!

— ¡Yo os protegeré a todos con mis últimos cañonazos!

— Hasta la vista, Marigny.

— Adiós, Chanteleine.

Los dos oficiales se estrecharon la mano. Chanteleine se precipitó hacia la ciudad, y pronto una larga columna de fugitivos abandonó Savenay bajo sus órdenes en dirección a Guérande.

— ¡A mí, mozos! —había gritado Marigny al separarse de su compañero de armas.

A ese grito, los campesinos se reagruparon en torno a su jefe, arrastrando consigo dos piezas del ocho; Marigny las emplazó en una altura de modo que cubriera la retirada; dos mil hombres, los únicos supervivientes de su ejército, lo rodeaban dispuestos a hacerse picar.

Pero no pudieron resistir la masa de los republicanos. Después de dos horas de lucha suprema, los últimos Blancos, diezmados, tuvieron que desban-

darse y se lanzaron a campo traviesa.

Ese día, 23 de diciembre de 1793, el gran ejército católico y real había dejado de existir.

II. — LA RUTA DE GUÉRANDE.

Una inmensa muchedumbre aterrada, desatinada, huía en dirección a Guérande; descendía las laderas de la ciudad como un torrente, chocando contra las esquinas y rebotando más allá del terraplén. Más de uno acababa de morir allí mismo, a quien el sable de los Azules había mutilado durante la batalla. La confusión era indescriptible.

Sin embargo, en menos de una hora la ciudad quedó enteramente evacuada; la resistencia de Marigny había dado a los fugitivos tiempo de reunir a mujeres, ancianos y niños y empujarlos por la ruta. Podían oír sobre sus cabezas el cañón que protegía la retirada. Pero cuando este enmudeció, los Blancos acogieron su silencio con gritos de desesperación. Iban a tener tras ellos a todo el ejército enemigo. En efecto, disparos de fusil cada vez más numerosos y cercanos estallaron pronto en los flancos de la larga columna, y los desgraciados cayeron en gran número para no levantarse más.

El espectáculo de aquella desbandada es imposible de describir; la lluvia arreciaba en medio de una niebla iluminada aquí y allá por los disparos; inmensas charcas de agua mezcladas con sangre viva cortaban la ruta. Pero había que cruzarlas a toda costa. La única oportunidad de salvación estaba hacia adelante; a la derecha, pantanos inmensos; a la izquierda, el río crecido y desbordado; imposible apartarse de la línea recta, y si algún realista

desesperado se hubiera arrojado hacia el Loira, habría encontrado sus orillas todavía atestadas de los cadáveres de Carrier.

Los generales republicanos hostigaban a los fugitivos, diezmándolos o dispersándolos; los heridos, los ancianos, las mujeres retrasaban la marcha del fúnebre cortejo; niños nacidos la víspera quedaban expuestos desnudos a todos los rigores de la estación; las madres no tenían con qué cubrirlos; el hambre y el frío añadían sus torturas a todos esos sufrimientos; el ganado que huía por la misma ruta dominaba la tempestad con sus mugidos y, presa a menudo de terrores insuperables, arremetía de cabeza contra los grupos y abría con sus cuernos sangrientas brechas en la muchedumbre.

Allí, en medio de aquel atasco, los rangos, las clases, todo se confundía; un gran número de jóvenes mujeres de las más nobles familias de la Vendée, Anjou, el Poitou y Bretaña —las que habían seguido a sus hermanos, padres y maridos durante la gran guerra— compartían el sufrimiento de las más humildes campesinas. Algunas de aquellas valerosas muchachas, de una valentía a toda prueba, protegían ellas mismas los flancos de la columna. Con frecuencia, alguna de ellas gritaba:

—¡Al fuego, vendeanas!

Entonces, a la manera de los Blancos, se desplegaban entre los matorrales del camino y tiroteaban a los soldados republicanos.

Entretanto, la noche se acercaba; el conde de Chanteleine, sin pensar en sí mismo, animaba a aquellos desventurados; levantaba a los que se hundían en el barro, a los que flaqueaban; se preguntaba si la oscuridad protegería a los fugitivos o permitiría a sus enemigos rematarlos. Su corazón sangraba ante tanta desgracia, y las lágrimas le venían a los ojos; no podía acostumbrar la mirada a aquel siniestro espectáculo.

Y sin embargo ya había visto mucho en aquellos diez meses de guerra; desde el primer levantamiento de Saint-Florent, al abandonar su castillo de Chanteleine, su esposa, su hija, todo lo que amaba, voló a la defensa del altar. Audaz, entregado, heroico, el primero en entrar en fuego en todos los combates del ejército real, era de esos hombres que hicieron decir al general Beaupuy:

«Tropas que han vencido a tales franceses pueden ufanarse de vencer a todos los pueblos de Europa unidos contra uno solo.»

Sin embargo, su tarea no había concluido con la derrota de Savenay; se mantenía en la retaguardia de la inmensa columna, avivando y apretando las filas de los fugitivos, consumiendo sus últimos cartuchos y rechazando con el sable a los Azules que avanzaban demasiado. Pero a pesar de todo, veía a sus compañeros caer poco a poco rezagados, y oía sus gritos mientras los degollaban en la sombra.

Entonces, con los brazos extendidos, empujaba a aquella muchedumbre por la ruta de Guérande, la exhortaba, la apremiaba con sus palabras.

— ¡Venga, andad! —decía a los rezagados.

— Mi oficial, no puedo más —le respondía uno.

— Me muero —gritaba otro.

— ¡Ayuda, ayuda! —exclamaba una mujer a la que una bala enemiga acababa de herir a su lado.

— ¡Mi hija, mi hija! —clamaba una madre bruscamente separada de su criatura.

El conde de Chanteleine, consolando, sosteniendo, auxiliando, iba de uno a otro; pero se sentía desbordado.

Hacia las cuatro de la tarde, le alcanzó un campesino al que reconoció a pesar de la oscuridad y la niebla.

— ¡Kernan! —exclamó.

— ¡Sí, nuestro señor!

— ¡Vivo!

— ¡Sí! Pero ¡andemos, andemos! —respondió el campesino intentando arrastrar al conde.

— Y esos desgraciados —dijo este, señalando los grupos dispersos—, ¡no podemos abandonarlos!

— Vuestro valor no servirá de nada, nuestro señor... ¡Venid, venid!

— ¡Kernan! ¿Qué me quieres?

— Quiero decir que grandes desgracias os aguardan.

— ¿A mí?

— Sí, nuestro señor. Madame la condesa, mi sobrina Marie...

— ¡Mi esposa, mi hija! — exclamó el conde aferrando el brazo de Kernan.

— ¡Sí! He visto a Karval.

— ¡Karval! — exclamó el conde, sacando de entre la muchedumbre al hombre que le hablaba.

Era un campesino tocado con un gorro de lana parda; encima, un sombrero de ala ancha, rodeado de un rosario, mantenía en la sombra su semblante enérgico y rudo: sus largos cabellos manchados de sangre le caían sobre los anchos hombros; unos calzones de lienzo descendían en pliegues flotantes hasta sus rodillas desnudas y rojas de frío; más abajo, unas polainas drapeadas se sujetaban con ligas multicolores; sus pies, metidos en enormes zuecos medio rotos, descansaban sobre una yacija de paja y sangre. Una piel de cabra echada sobre la espalda del bretón completaba su atuendo; el mango de un cuchillo asomaba de su cinturón de gran hebilla, y con la mano derecha sostenía el fusil por la mitad del cañón.

Aquel campesino debía de ser de una fuerza extrema; en efecto, pasaba en su tierra por tener una fuerza formidable, sobrehumana; se contaban de él rasgos asombrosos, y jamás el temible luchador había encontrado su maestro en los pardones de Bretaña.

Sus ropas desgarradas, sucias y ensangrentadas mostraban bien a las claras la parte que había tenido en los últimos combates del ejército católico.

Siguió al conde de Chanteleine a grandes zancadas; este, para abrirse un camino más rápido, tomó por los fosos medio llenos de agua y cieno. Las palabras que acababa de pronunciar Kernan le habían aterrado. Cuando llegó a la cabeza de la columna, se encontró junto a un pequeño bosque, una especie de monte bajo, dentro del cual empujó al bretón y con voz alterada le dijo:

— ¿Has visto a Karval?

— ¡Sí, nuestro señor!

— ¿Dónde?

— ¡En la refriega! ¡Entre los Azules!

—¿Y te ha reconocido?

—¡Sí!

—¿Y te ha hablado?

—Sí, después de descargar sus pistolas sobre mí.

—¿No estás herido? —exclamó vivamente el conde.

—¡No, todavía no! —respondió el bretón con una triste sonrisa.

—¿Y qué te dijo ese miserable?

—«Te esperan en el castillo de Chanteleine» —gritó al desaparecer entre el humo. Quise seguirle, pero en vano.

—«Te esperan en el castillo de Chanteleine» —repitió el conde—. ¿Qué habrá querido decir con esas palabras?

—Cosas malas, nuestro señor.

—¿Y qué hacía en el ejército republicano?

—Mandaba a una tropa de bandidos de su calaña.

—¡Ah! Un digno oficial de los ejércitos de la Convención, al que eché de casa por ladrón.

—Sí, los bandidos hacen carrera en los tiempos que corren. Pero las palabras de Karval no son por eso menos terribles. «Al castillo de Chanteleine», dijo; hay que correr allí.

—¡Sí, sí! —respondió el conde con una exaltación dolorosa—. Pero estos desgraciados y la causa católica...

—Nuestro señor —dijo Kernan gravemente—, antes que la patria está la familia. ¿Qué sería de la señora condesa y de mi sobrina Marie sin nosotros? Habéis cumplido vuestro deber como hidalgo: habéis luchado por Dios y por el rey. Volvamos al castillo, y una vez los nuestros a salvo, regresaremos. El ejército católico está destruido, ¡pero no todo ha terminado! Creedme, algo se mueve en el Morbihan; conozco allí a cierto Jean Cotteau que dará mucho que hacer a los republicanos, y le ayudaremos a enredar la madeja.

— Ven, pues — dijo el conde — . ¡Tienes razón! Las palabras de ese Karval encierran una amenaza; debo sacar a mi esposa y a mi hija de Francia, y luego volveré a que me maten aquí.

— Volveremos juntos, nuestro señor — respondió Kernan.

— Pero ¿cómo llegar al castillo?

— Mi parecer — retomó el campesino — es que debemos alcanzar Guérande, desde allí seguir la costa hasta Le Croisic o Piriac, y ganar por mar alguna de las bahías del Finisterre.

— ¿Pero una barca? — exclamó el conde.

— ¿Lleváis oro encima?

— Sí, cerca de mil quinientas libras.

— Pues bien, con eso se compra un barco de pesca, y si hace falta, también al pescador.

— Sin embargo...

— No hay más opción, nuestro señor; por tierra caeríamos pronto en manos de un destacamento de Azules, o bien, obligados a escondernos, a evitar las rutas, a tomar por los atajos, perderíamos tiempo en marchas y contramarchas y correríamos el riesgo de llegar demasiado tarde, si es que llegáramos...

— Pues en marcha — repuso el conde.

— En marcha — respondió Kernan.

El conde de Chanteleine tenía plena confianza en Kernan, su hermano de leche; aquel valiente bretón formaba parte de la familia; llamaba «mi sobrina» a la señorita Marie de Chanteleine, y la joven le llamaba «tío Kernan». Desde la infancia, el señor y el servidor no se habían separado jamás; el bretón, por la educación que había recibido, se encontraba por encima de las gentes de su condición. Tras compartir los juegos del niño y las fatigas del joven, acababa de tomar con él su parte de miserias y desventuras de la guerra. El conde, al partir para unirse a Cathelineau, hubiera querido dejar a Kernan en el castillo de Chanteleine, pero separar al hermano del hermano habría sido imposible; otros criados quedaban además para proteger a la condesa. Por otro lado, la situación del castillo en el fondo del Finisterre,

lejos de Quimper, lejos de Brest, donde bullían los clubes republicanos, en un rincón perdido entre Fouesnant y Plougastel, tranquilizaba al conde, y creyendo a su familia a salvo, no había dudado en lanzarse al movimiento realista.

Solo el encuentro de Karval, antiguo sirviente del castillo expulsado un año antes por robo, sus amenazas y sus palabras creaban un peligro inmediato al que era preciso salir al encuentro.

El conde y Kernan se apartaron pues de la ruta en el momento en que los fugitivos llegaban a los pantanos de Saint-Joachim. Vislumbraron por última vez aquella columna aterrada que se perdía entre las tinieblas y cuyos gritos fueron apagándose poco a poco en la sombra de la noche.

A las ocho de la noche, el conde y Kernan llegaron a Guérande. Se adelantaban por apenas media hora a los más veloces de los fugitivos; las rastras de la ciudad estaban levantadas, pero por la poterna penetraron en sus calles desiertas.

¡Qué sombría tranquilidad comparada con el horrible estrépito de Savenay! Ni una luz en las ventanas, ni un transeúnte rezagado; el terror encerraba a los habitantes en sus negras casas, tras los cerrojos y pestillos de las puertas; los ciudadanos de Guérande habían oído el cañón durante toda la mañana. Cualquiera que fuera el resultado del combate, debían temer la invasión de vencidos desesperados, lo mismo que la invasión de vencedores implacables.

Los dos compañeros de huida caminaban con rapidez sobre los adoquines desiguales, y sus pasos resonaban de manera siniestra; llegaron a la plaza de la Iglesia y pronto a las murallas.

Desde allí pudieron oír el ruido creciente que venía del campo, un murmullo amenazador en el que a veces estallaban detonaciones de armas de fuego.

La lluvia había cesado; la luna aparecía a través de las nubes desgarradas, bajas y oscuras, que el viento del oeste retorció en sus ráfagas; a causa de una ilusión óptica, el astro de la noche, como preso de vértigo, parecía huir en una carrera insensata; su luz, muy viva por instantes, iluminaba violentamente el campo, del que relevaba los menores contornos con notable nitidez, y paseaba sobre el suelo sombras amplias y veloces.

El conde y Kernan echaron entonces una mirada hacia el mar; la bahía de Guérande se abría ante ellos más allá del inmenso tablero de ajedrez de las salinas. A la izquierda, el campanario del burgo de Batz asomaba sobre las dunas amarillentas; más lejos, la flecha del Croisic, difuminada por la bruma, terminaba aquella lengua de tierra que se perdía en el Océano; a la derecha, en el extremo de la bahía, los excelentes ojos de Kernan pudieron distinguir aún el campanario de Piriac. Más allá, el mar relucía bajo el haz de los rayos lunares y se confundía en un mismo resplandor con la línea del cielo.

El viento soplaba con violencia; los escuálidos árboles agitaban su esqueleto descarnado, y de vez en cuando una piedra, desprendida de su alvéolo, rodaba desde lo alto de las murallas al foso cenagoso.

— ¡Pues bien! — dijo el conde de Chanteleine a su compañero, apuntándose contra el viento —. Allá, Le Croisic; allá, Piriac. ¿Adónde vamos?

— En Le Croisic encontraríamos con más facilidad una barca de pescador; pero si luego tuviéramos que desandar el camino, una vez adentrados en esa lengua de tierra, nos veríamos muy apurados, y no sería difícil cortarnos toda retirada.

— A tus órdenes, Kernan. Te sigo, pero toma por el camino más corto, si no por el más seguro.

— Mi parecer es rodear la bahía y marchar hacia Piriac. Son apenas tres leguas y, a buen paso, llegaremos en menos de dos horas.

— En marcha — respondió el conde.

Los dos fugitivos abandonaron la ciudad en el momento en que las primeras filas de los vendeanos entraban por la muralla opuesta, forzando las puertas, escalando los fosos, dando un verdadero asalto. Luces aparecían rápidamente en las ventanas; la tranquila Guérande se llenaba de un ruido y un desorden inusitados. Detonaciones sacudían sus viejos muros, y pronto la campana de su iglesia lanzó al aire los jadeantes sonos del toque a rebato.

El conde sintió una violenta opresión en el pecho; su mano se crispó sobre el fusil; hubiera dicho que iba a regresar en socorro de sus desventurados compañeros.

—¿Y Madame la condesa? —dijo Kernan con voz grave—. ¿Y mi sobrina Marie?

—¡Ven, ven! —respondió el conde bajando a paso rápido los terraplenes de la ciudad.

Pronto el señor y el servidor estuvieron en campo abierto; ganaron la costa para evitar la ruta ordinaria y rodearon las salinas, cuyos montones de sal relucían bajo los rayos de la luna. Murmullos siniestros llegaban a través de los raquíticos árboles combados bajo el viento del mar, y se oía la ensordecedora melancolía de la marea que subía.

Varias veces llegaron gritos dolorosos; alguna bala perdida venía a aplastarse con un ruido seco contra las rocas de la costa. Llamas de incendio iluminaban el horizonte con reflejos lívidos, y manadas de lobos hambrientos, oliendo la carne viva, lanzaban en la sombra sus siniestros aullidos.

El conde y Kernan marchaban sin intercambiar una palabra; pero los mismos pensamientos los agitaban y se comunicaban de uno a otro con tanta claridad como si hubieran hablado.

De vez en cuando se detenían para mirar atrás y examinar el campo; luego, al no verse perseguidos, reanudaban la marcha a grandes pasos.

Antes de las diez llegaron al burgo de Piriac; no quisieron aventurarse por sus calles y se dirigieron directamente a la punta Castelli.

Desde allí su mirada se extendió sobre el mar abierto; a la derecha se erguían los escollos de la isla Dumet; a la izquierda, el faro de Four lanzaba sus destellos intermitentes hacia todos los puntos del horizonte; en el horizonte se extendía la masa oscura y confusa de Belle-Île.

El conde y su compañero, al no divisar ninguna barca de pescador, regresaron a Piriac. Allí, varias chalupas fondeadas sobre la arena se balanceaban al oleaje de la marea que subía.

Kernan reparó en una de ellas, que un pescador se disponía a dejar tras haber recogido su vela.

—¡Eh, amigo! —le gritó.

El pescador interpelado saltó a la arena y se acercó con aire bastante inquieto.

— Ven aquí — le dijo el conde.

— No sois de aquí — dijo el pescador tras dar unos pasos—. ¿Qué queréis de mí?

— ¿Puedes hacerte a la mar esta misma noche — dijo Kernan— y llevarnos...?

Kernan se detuvo.

— ¿Adónde? — preguntó el pescador.

— Adónde te lo diremos una vez a bordo — respondió el conde.

— El mar está bravo y el viento de suroeste no es bueno.

— ¿Si se te paga bien? — respondió Kernan.

— Nunca se pagará bien mi pellejo — dijo el pescador, que intentaba reconocer a sus interlocutores.

Después de un momento les dijo:

— ¡Venís del lado de Savenay! Allí retumbaba con fuerza.

— ¡Qué os importa! — repuso Kernan—. ¿Queréis llevarnos a bordo?

— La verdad, no.

— ¿Encontraremos en el pueblo algún marino más intrépido que vos? — preguntó el conde.

— No lo creo — respondió el pescador—. Pero, oíd — añadió guiñando el ojo—, no decís más que la mitad de lo que hace falta decir para que os lleven a bordo. ¿Qué ofrecéis?

— Mil libras — respondió el conde.

— ¡Papel sin valor!

— Oro — respondió Kernan.

— Oro, oro de verdad, veamos.

El conde desató su faja y sacó unos cincuenta luises.

— Vuestra barca apenas vale la cuarta parte de esa suma.

— ¡Sí! —respondió el pescador con los ojos encendidos de codicia—, pero mi pellejo vale bien el resto.

— ¡Pues bien!

—Embarcad —dijo el pescador tomando el oro del conde.

Arrastró su chalupa hacia la orilla. El conde y Kernan entraron en el agua hasta las rodillas y saltaron a la embarcación; el ancla fue arrancada del fondo de arena. Mientras tanto, Kernan izó la entena, y el trinquete rojizo se tensó al viento.

En el momento en que el pescador iba a embarcarse a su vez, Kernan le empujó con fuerza y, de un golpe de bichero, alejó la chalupa una decena de pies mar adentro.

— ¡Pero qué...! —exclamó el pescador.

— Guardad vuestro pellejo —le gritó Kernan—; no lo necesitamos. Vuestro barco está pagado.

— ¡Pero...! —dijo el conde.

— Yo entiendo de esto —respondió Kernan, que, cobrando su escota y manejando el timón, lanzó la chalupa al viento.

El pescador, estupefacto, se había quedado mudo, y cuando recobró la voz fue para gritar:

— ¡Ladrones de republicanos!

Pero la embarcación ya desaparecía en la sombra, entre la espuma oscurecida de las olas.

III. — LA TRAVESÍA.

Kernan, como acababa de decir, no tenía ningún problema en manejar una chalupa; había hecho sus pruebas como pescador en su juventud, y las costas de Bretaña le eran familiares desde la punta del Croisic hasta el cabo Finisterre. ¡No había un escollo que no conociera, una ensenada ni una bahía que no hubiera frecuentado! Sabía sus horas de marea y no temía ni arrecifes ni bajos fondos.

La barca en que iban los dos fugitivos era una chalupa de pesca fina y baja de popa, pero elevada de proa, y maravillosamente dispuesta para aguantar el mar incluso en tiempos borrascosos; llevaba dos velas de color rojo, un trinquete y una vela mayor.

La cubierta, que se extendía en toda su longitud, solo ofrecía una única abertura destinada al timonel; podía, pues, pasar impunemente entre las olas, cosa que le ocurría a menudo cuando iba a pescar sardinas al través de Belle-Île y regresaba luego a buscar la entrada del Loira para remontarlo hasta Nantes.

Kernan y el conde no eran demasiados para maniobrarla. Pero una vez instalado el velamen, la barca corrió en través.

Ayudado por el viento del suroeste, volaba sobre las aguas con rapidez. Aunque la brisa era muy fuerte, el bretón no había querido tomar ni un solo rizo en sus velas, que se inclinaban a veces hasta mojar sus relíngues; pero ya con un audaz golpe de timón, ya filando un poco de su escota, Kernan orzaba la barca y la volvía a meter en el viento.

A las cinco de la mañana pasaba entre Belle-Île y aquella península de Quiberon que, pocos meses después, iba a quedar anegada en sangre francesa para vergüenza de Inglaterra.

Algunas provisiones de pescado ahumado formaban el avituallamiento de la chalupa; los dos fugitivos pudieron tomar un poco de alimento; no habían comido desde hacía más de quince horas.

Durante los primeros momentos de la travesía, el conde de Chanteleine permaneció taciturno; estaba presa de una violenta emoción. Su espíritu mezclaba confusamente las escenas del pasado con las que preveía en el futuro. En el momento en que corría al socorro de su esposa y su hija, estas le parecían cada vez más amenazadas. Sopesaba las probabilidades de una

desgracia posible y se esforzaba por recordar las últimas noticias que había recibido del castillo.

—Ese Karval —dijo al fin a Kernan— es bien conocido en el país, y, desde luego, si reapareciera allí, los habitantes del castillo le recibirían muy mal.

—¡Desde luego! —respondió el bretón—. Y no dejarían de hacerle una mala jugada. Pero si el bribón va, no irá solo, y además, con una simple denuncia suya se puede arrestar a la señora condesa y a mi sobrina Marie. ¡Dos pobres mujeres inofensivas! ¡Qué tiempos los que vivimos!

—¡Sí, terribles! Kernan, tiempos en que la ira de Dios no nos perdona, pero hay que someterse a su voluntad. ¡Dichosos los que, sin familia, solo tienen que temer por ellos mismos! Nosotros, Kernan, luchamos, nos defendemos, combatimos por la santa causa. Pero nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras hijas, nuestras esposas no pueden más que llorar y rezar.

—Por suerte estamos nosotros —respondió Kernan—, y antes de llegar a ellas tendrán que pasar por encima de nosotros. Sea como sea, nuestro señor, hicisteis bien en dejar a Madame y a Mademoiselle en Chanteleine; las valientes mujeres querían seguirnos y hacer la campaña lo mismo que Mme de Lescure, Mme de Donnissant y tantas otras. ¡Pero a costa de qué sufrimientos y miserias!

—Y sin embargo —replicó el conde—, ¡me arrepiento de no tenerlas a mi lado! Las sabría a salvo, y desde las amenazas de ese Karval, tengo miedo.

—¡Oh! Mañana por la mañana, si el viento nos favorece, divisaremos la costa del Finisterre, y pase lo que pase, no estaremos lejos del castillo.

—Qué sorprendidas van a quedar de vernos, esas pobres mujeres —dijo el conde con una triste sonrisa.

—¡Y qué contentas también! —repuso Kernan—. ¡Cómo va a saltar mi sobrina Marie al cuello de su padre y a los brazos de su tío! Pero no habrá que perder tiempo en ponerlas a buen recaudo.

—Sí, tienes razón; los Azules no tardarán en visitar el castillo; la municipalidad de Quimper habrá estado pronto en alerta.

—Entonces, nuestro señor, ¿sabéis bien lo que tendremos que hacer al llegar al castillo?

—Sí —dijo el conde dando un suspiro.

—No hay dos opciones —repuso el bretón—; solo hay una.

—¿Cuál? —preguntó el conde.

—Reunir todo vuestro dinero, nuestro señor, y el mío, procurarnos un navío a toda costa y huir a Inglaterra.

—¡Emigrar! —dijo el conde con un acento de dolor.

—¡Es preciso! —respondió Kernan—. Ya no hay seguridad en el país ni para vos ni para los vuestros.

—¡Tienes razón, Kernan! El comité de salud pública va a ejercer terribles represalias en Bretaña y la Vendée; después de vencer, va a masacrar.

—Como decís; ya ha enviado a sus agentes más crueles a Nantes. Enviará otros a Quimper, a Brest, y los ríos del Finisterre rebosarán pronto de cadáveres como el Loira.

—¡Sí! —respondió el conde—. ¡Mi esposa, mi hija, hay que salvarlas ante todo! ¡Pobres y dulces criaturas!... Pero si emigramos, tú nos seguirás, Kernan.

—Me reuniré con vos, nuestro señor.

—¿No partes con nosotros?

—¡No! Hay alguien con quien quiero tener unas palabras antes de dejar Bretaña.

—¿Ese Karval?

—¡Él mismo!

—¡Bah, déjalo, Kernan! No escapará a la justicia divina.

—Nuestro señor, tengo la idea de que empezará por la justicia humana.

El conde conocía la terquedad de su servidor y cuán difícil hubiera sido desarraigar sus ideas de venganza. Calló, pues, y, padre y esposo, todo su pensamiento se volvió hacia su mujer y su hijo.

Así, su mirada devoraba la costa. Contaba las horas, los minutos, sin pensar en los peligros que una tempestad le haría correr. Todo el horror de aquella guerra civil, en la que las crueldades fueron espantosas a ambos lados, le volvía a la memoria. ¡Nunca su esposa y su hija le habían parecido correr tanto peligro! Se las representaba atacadas, encarceladas, o quizás en fuga, esperando en alguna roca de la orilla un socorro inesperado, y a veces se ponía a escuchar si algún llamado llegaba a sus oídos.

—¿No oyes nada? —decía a Kernan.

—No —respondía el bretón—. Es un grito de gaviota arrastrado por la tempestad.

A las diez de la noche, Kernan reconoció el canal de la rada de Lorient y el fuerte del Port-Louis, cuyo fuego relucía en la oscuridad; tomó el paso entre la costa y la isla de Groix, y se lanzó al mar abierto.

El viento seguía siendo favorable, pero arreciaba con violencia; Kernan, aunque quería ir de prisa y a pesar de las impacencias del conde, tuvo que tomar todos los rizos de su trinquete y su vela mayor. El conde se puso él mismo a la maniobra, y la barca, sin que su rapidez pareciera haber disminuido, levantó con su proa las olas espumosas.

Llevaban quince horas navegando en peligro.

La noche fue espantosa; la tempestad se desencadenó; la vista de los peñascos de granito sobre los que rompía el oleaje era capaz de aterrar a los más intrépidos; la chalupa se alejó de la costa para evitar los escollos que hacen tan peligrosos los bordes de la costa bretona.

Los dos fugitivos no pudieron encontrar ni un solo instante de sueño; un golpe de timón en falso, un momento de descuido, y su barca volcaba; luchaban heroicamente y sacaban nuevas fuerzas del recuerdo de los seres queridos a quienes iban a proteger.

Hacia las cuatro de la mañana, el huracán perdió algo de su violencia, y en una clarita, Kernan distinguió al este la posición de Trévignon.

Apenas podía hablar, pero con el dedo señaló al conde de Chanteleine la luz vacilante del faro. El conde juntó sus heladas manos, como si murmurara una oración.

La chalupa entraba entonces en la bahía del Bosque, que se extiende entre los burgos de Concarneau y Fouesnant.

El mar estaba relativamente más tranquilo, y las olas, al abrigo de los vientos del mar abierto, rompían allí con menos fuerza.

Una hora después, la embarcación chocó contra los peñascos del cabo de Coz con extrema violencia. El golpe fue espantoso, sin que hubiera sido posible evitarlo, y aunque los mástiles estaban sin velas. El conde y Kernan, precipitados en las olas, lograron ganar la orilla mientras la chalupa destrozada se hundía ante sus ojos.

— Sin rastro — dijo Kernan al conde.

— Bien — respondió este.

— Y ahora, al castillo — respondió el bretón.

Su travesía había durado veintiséis horas.

IV. — EL CASTILLO DE CHANTELEINE.

El castillo de Chanteleine estaba situado a tres leguas del burgo de Fouesnant, entre Pont-Labbé y Plougastel, a menos de una legua de la costa de Bretaña.

Los bienes que componían la propiedad de Chanteleine pertenecían desde tiempo inmemorial a la familia del conde, una de las más antiguas de Bretaña. El castillo solo databa de la época de Luis XIII, pero estaba impregnado de esa rudeza campesina que los muros de granito dan a los edificios; se le sentía pesado, imponente, pero indestructible como las rocas de la costa. Sin embargo, no tenía torres, ni matacanes, ni poterna, ni garita suspendida

en el ángulo de los muros, como nidos de águila, y no evocaba la idea de fortaleza; en la apacible tierra de Bretaña, los señores no habían tenido nunca que defenderse de nadie, ni siquiera de sus vasallos.

Desde hacía largos años, la familia del conde ejercía una influencia feudal casi sin discusión sobre el país. Los Chanteleine fueron poco cortesanos, no siendo de genio flexible, y no fueron más que dos veces en trescientos años a hacer la corte al rey; se creían bretones ante todo y separados del resto de Francia. Para ellos, el matrimonio de Luis XII y Ana de Bretaña nunca había tenido lugar, y siempre guardaron rencor a aquella orgullosa duquesa por lo que llamaban en voz alta «un mésalliance», peor aún, una traición.

Pero si reinaban en su tierra, los Chanteleine podían ser citados como modelo a los reyes de Francia y darles lecciones de gobierno. Por lo demás, el resultado lo demostraba sin réplica, pues eran y fueron siempre amados de sus campesinos.

Esta noble y estimable familia, de talante muy pacífico, aportó pocos ilustres capitanes; los Chanteleine no habían nacido soldados; en una época en que ponerse la armadura de guerra parecía ser el primer deber del hidalgo, ellos permanecieron tranquilamente en sus tierras y se hicieron felices con la dicha que creaban a su alrededor. Desde Felipe Augusto, cuando la cruzada, es decir la defensa de la religión, arrastró a sus antepasados a Tierra Santa, ningún Chanteleine revistiría la armadura ni ceñiría el tahalí. Se comprende, pues, que fueran poco conocidos en la Corte, a la que nunca pidieron favor alguno, no preocupándose por merecerlos.

Sus bienes patrimoniales, sabiamente administrados, habían adquirido una importancia considerable.

Así, la propiedad de Chanteleine, en prados, salinas y tierras de labor, figuraba entre las más considerables del país, al tiempo que permanecía desconocida más allá de un radio de cinco o seis leguas; gracias a esa situación, y aunque los municipios vecinos, Fouesnant, Concarneau, Pont-Labbé, hubieran recibido ya la sangrienta visita de los republicanos de Brest y del Finisterre, el castillo de Chanteleine había escapado como por milagro a la atención de los municipios cuando el conde lo dejó por primera vez.

Poco belicoso por naturaleza, el conde desplegó sin embargo grandes cualidades militares durante esa campaña de la Vendée. Con fe y valor se es soldado en todas partes. El conde se condujo como un héroe, él cuyo carácter apacible no auguraba tales disposiciones; en efecto, las primeras inclinaciones de su espíritu le dirigieron hacia la carrera eclesiástica, y había pasado dos años en el gran seminario de Rennes; estaba incluso ocupado en sus estudios teológicos cuando su matrimonio con su prima, la señorita de La Contrie, le lanzó por un camino del todo opuesto.

Pero el conde no hubiera podido encontrar una compañera de vida más digna. Aquella joven tan seductora se convirtió en una mujer valiente y entregada. Los primeros años del matrimonio del conde y la condesa, criando a su hija Marie en aquella vieja propiedad familiar, en medio de sirvientes, humildes amigos envejecidos en el paternal servicio de los Chanteleine, fueron tan felices como es dado a un hombre pasarlos en este mundo.

Esa dicha se extendía a todo el país, que veneraba a su señor. Los habitantes se creían más súbditos del conde que del rey de Francia, lo cual se comprende; con este último solo tenían relaciones desagradables, mientras que la familia de Chanteleine les acudía en socorro en toda ocasión. Así no se encontraba un desdichado en el país, ni un mendigo; desde tiempo inmemorial, ningún crimen se había cometido en aquella parte apartada de Bretaña. Se comprende, pues, el efecto que produjo el robo de ese Karval, un bretón por cierto, entrado dos años antes al servicio del conde, cuando este se vio obligado a expulsarle del castillo. Al actuar así, por lo demás, el conde no hizo más que prevenir la justicia de los campesinos, que no habrían tolerado un ladrón en el país.

Ese Karval era un bretón, sí, pero un bretón que había viajado, visto mundo, y sin duda malos ejemplos también; se decía que había visitado París, que aquellos campesinos consideraban como un lugar quimérico, y los más supersticiosos incluso como la antesala del infierno; bien debía de haber algo de eso, puesto que el único de entre ellos que se había aventurado allí regresó malo y criminal.

Aquel asunto, que causó tan gran escándalo, había ocurrido dos años antes, y Karval había abandonado el país profiriendo amenazas de venganza. Se encogieron de hombros.

Pero lo que podía despreciarse de parte de un ladrón oscuro merecía atención cuando ese ladrón se había convertido en uno de los bajos y terribles agentes del comité de salud pública. Así el conde, apresurando su marcha hacia el castillo, comenzaba a sospechar siniestros sucesos a los que las palabras de Karval habían hecho alusión. Sin embargo, la bondad de su esposa debía ser una salvaguardia para ella; en efecto, durante veinte años de su vida, de 1773 a 1793, Mme de Chanteleine se consagró por entero a la dicha de quienes la rodeaban. Sabía que hacía feliz a su marido haciendo el bien. Así se la veía sin cesar a la cabecera de los enfermos, acogiendo a los ancianos, haciendo instruir a los niños, fundando escuelas y, más tarde, cuando Marie cumplió los quince años, la asoció a todas sus buenas obras.

Esta madre y esta hija, unidas en un mismo espíritu de caridad y acompañadas por el abate Fermont, el capellán del castillo, recorrían los pueblos de la costa, desde la bahía del Bosque hasta la punta del Raz; consolaban y repartían sus delicadas limosnas entre aquellas familias de pescadores tan a menudo azotadas por las tormentas.

— Nuestra señora — la llamaban los campesinos.

— Nuestra buena dama — decían las campesinas.

— Nuestra buena madre — repetían los niños.

Se comprende, pues, cuánto debía de ser envidiado Kernan, al que Marie llamaba su tío, que la llamaba su sobrina, el propio hermano de leche del conde.

Cuando este abandonó el castillo tras el levantamiento de Saint-Florent, fue su primera ausencia del hogar doméstico, la primera separación del conde y la condesa; fue dolorosa, pero Humbert de Chanteleine, arrastrado por el sentimiento del deber, partió, y su valiente esposa no pudo más que aprobar su marcha.

Durante los primeros meses de la guerra, los dos esposos tuvieron a menudo noticias el uno del otro por medio de emisarios devotos; pero el conde no pudo abandonar ni un solo día el ejército católico para venir a abrazar a los suyos; los acontecimientos urgentes le retuvieron siempre en su puesto; desde hacía diez largos meses no había visto a su querida familia; desde tres meses, desde los desastres de Grandville, Le Mans y Chollet, no tenía noticias del castillo.

Su inquietud es, pues, comprensible cuando, acompañado de su fiel Kernan, volvía hacia el dominio de sus antepasados. Se adivina con qué emoción puso el pie en la costa de Fouesnant. No estaba más que a dos horas de los abrazos de su esposa y de los besos de su hija.

— Venga, Kernan, marchemos — dijo.

— ¡Marchemos! — respondió el bretón—. Y de prisa, eso nos calentará.

Un cuarto de hora después, el señor y el servidor cruzaron el burgo de Fouesnant, aún profundamente dormido, y tomaron junto al cementerio, devastado durante la última visita de los Azules.

Pues los habitantes de Fouesnant habían sido de los primeros en alzarse contra la Revolución, a propósito de los curas juramentados que les enviaron los municipios; el 19 de julio de 1792, trescientos de ellos, conducidos por su juez de paz, Alain Nedelec, combatieron en el propio burgo contra los guardias nacionales de Quimper. Fueron aplastados; los vencedores hicieron pastar sus caballos en el cementerio y se acantonaron en medio de la iglesia; al día siguiente, tres cargas de vencidos volvían a Quimper, y el primer mártir de Bretaña, Alain Nedelec, estrenaba el nuevo instrumento de muerte que los administradores bretones llamaban la «máquina de decapitar», sobre la cual el fiscal general síndico les dirigía de su propia mano instrucciones cuidadosamente detalladas sobre la manera de utilizarla. Desde entonces, el burgo no se había repuesto de su derrota.

— Se ve que los Azules han pasado por aquí — dijo Kernan—. ¡Ruinas y profanaciones!

El conde no respondió y tomó a través de aquellas largas llanuras que iban a morir en el mar. Eran entonces las seis de la mañana; un frío bastante vivo había sucedido a la lluvia; la tierra estaba dura; todavía era muy oscuro sobre los eriales desiertos y los vastos campos de aliaga rebeldes a todo cultivo; los charcos habían sido atrapados por la helada, y la maleza, vestida de blanco, parecía petrificada.

A medida que los fugitivos se alejaban del mar, algunos árboles esbeltos se veían aquí y allá, y, combados bajo las violentas ráfagas del oeste, erguían en el horizonte su esqueleto blanquecino.

Pronto a las llanuras sucedieron campos de trigo sarraceno, reforzados de fosos y zanjas, y separados por filas de robles achaparrados; había que

abrirse paso a través de esos campos y franquear barreras giratorias, equilibradas por una gruesa piedra y toda enmarañadas de espino seco. Kernan las abría ante el conde, y al golpe de la tranquera al cerrarse, las ramas de los árboles dejaban caer un granizo blanco que crepitaba sobre el suelo.

Entonces el conde y su compañero se lanzaban por los estrechos senderos pisoteados entre los surcos y el seto de los campos; había instantes en que corrían sin querer.

Hacia las siete, el día empezó a despuntar; el castillo no estaba a media legua. El país parecía tranquilo y desierto, y de una tranquilidad incluso sospechosa. El conde no pudo dejar de reparar en aquel singular silencio de la campiña:

— ¡Ni un campesino, ni un caballo yendo al prado! — dijo con aire inquieto.

— Todavía es muy de madrugada — respondió Kernan, igualmente impresionado por la fisonomía del país pero que no quería asustar al conde — . ¡En diciembre se levanta tarde!

En ese momento penetraron en un gran bosque de altos abetos; aquella vasta pineda, siempre verde, perteneciente a la propiedad del conde, se divisaba desde lejos en el mar.

Una multitud de piñas secas, grisáceas y sin pelar cubrían la tierra entre las ramas muertas de corteza rugosa; no parecía que desde hacía mucho tiempo pie humano alguno hubiera pisado el suelo; cada año, sin embargo, los niños de los pueblos vecinos venían a recoger con gran alegría todas aquellas piñas, y las amas de casa hacían en ellas provisión de leña, que el conde les cedía generosamente.

Ahora bien, ese año los pobres no habían hecho su recolección habitual, y aquella cosecha de ramas y piñas secas estaba aún intacta.

— ¿Ves? — dijo el conde al bretón — . No han venido, ¡ni las mujeres ni los niños!

Kernan sacudió la cabeza sin responder; sentía algo inquietante en el aire. Su corazón latía a punto de romperse en su pecho. Alargó el paso.

A medida que los dos compañeros de ruta avanzaban, liebres, conejos y perdices se levantaban en gran número a sus pies, ¡en número excesivo in-

cluso! Era evidente que los cazadores habían escaseado aquel año, y sin embargo en las tierras del conde cazaba quien quería.

Había, pues, allí síntomas de abandono y desolación que no podían desconocerse. El semblante del conde palidecía a pesar del intenso frío de aquella mañana de invierno.

—¡Por fin! ¡El castillo! —exclamó el bretón señalando la punta de las dos torrecillas que asomaba sobre un macizo lejano.

En ese momento, el conde y Kernan estaban cerca de la granja de La Bordière, llevada por uno de los aparceros del conde; al doblar el bosque iban a verla; Louis Hégonec, el aparcerero, era un hombre activo, madrugador, bastante ruidoso en sus faenas, y sin embargo no se le oía cantar mientras enganchaba sus bueyes o sus caballos, ni siquiera gritar en su corral a su vieja mujer.

No, nada. Un silencio de muerte reinaba por todas partes; el conde, presa de terribles presagios, se vio obligado a apoyarse en el brazo de su fiel bretón.

Al doblar el bosque, sus miradas se volvieron vivamente hacia la masía.

Un espectáculo horrible hirió sus ojos. Algunos lienzos de muros tambaleantes con extremos de vigas ennegrecidos, el extremo de un caballete calcinado, restos de chimeneas encaramados en lo alto de un piñón, estrechos regueros de hollín que serpenteaban por los muros, puertas rotas y goznes que salían como puños amenazantes de la juntura de las piedras, todas las huellas de un incendio reciente aparecieron a la vez. La granja había sido quemada; los árboles llevaban las marcas de una lucha violenta; huellas de hachazos en las puertas, rasguños de balas en los viejos troncos de roble, aperos de labranza rotos y retorcidos, carretas volcadas, ruedas desprovistas de sus llantas, atestiguaban la violencia del combate; los cadáveres de animales, de vacas y caballos abandonados, infectaban el aire.

El conde sintió doblarse las piernas bajo él.

—¡Los Azules, siempre los Azules! —repitió Kernan con voz sorda.

—¡Al castillo! —exclamó el conde lanzando un grito terrible.

Y aquel hombre que un momento antes apenas podía sostenerse, Kernan tenía ahora dificultad en seguirle.

Durante aquella carrera, ningún ser humano apareció en los caminos destrozados; el país no estaba desierto, sino abandonado.

El conde cruzó el pueblo. La mayoría de las casas estaban quemadas; algunas aún en pie, pero vacías. Para que el país estuviera así despoblado, había que haber pasado sobre él un soplo de venganza.

—¡Oh, Karval, Karval! —murmuraba el bretón entre dientes.

Por fin, el conde y Kernan llegaron ante la puerta del castillo; el incendio la había respetado; pero permanecía sombría, silenciosa; ni una chimenea lanzaba al aire su penacho de humo mañanero.

El conde y Kernan se precipitaron hacia la puerta y se detuvieron espantados.

—¡Mira, mira! —dijo el conde.

Un enorme cartel estaba pegado en uno de los montantes; llevaba en el encabezamiento el ojo de la ley, haces de picas y ramas coronadas por el gorro frigio. A un lado figuraba la descripción del dominio, al otro su tasación.

El castillo de Chanteleine, confiscado por la República, estaba en venta.

—¡Los miserables! —exclamó Kernan.

Intentó forzar la puerta; pero, a pesar de su prodigiosa fuerza, no pudo conseguirlo. Resistía obstinadamente; el conde de Chanteleine no podía siquiera descansar un instante en el solar de sus antepasados; su propia puerta permanecía cerrada para él. Estaba presa de la más atroz desesperación.

—¡Mi esposa, mi hija! —exclamaba con un acento imposible de reproducir—. ¿Dónde está mi esposa? ¿Mi hija? ¡Las han matado, las han matado!

Gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de Kernan, que trataba en vano de consolar a su señor.

—Es inútil —dijo al fin— obstinarse ante esta puerta que no se abrirá.

—¿Dónde están, dónde están? —gritaba el conde.

En ese momento, una anciana, agazapada en el foso, se levantó de repente. Hubiera dado lástima verla a unos ojos menos consternados; su cabeza de idiota se movía estúpidamente.

El conde corrió hacia ella.

—¿Dónde está mi esposa? —dijo.

Tras largos esfuerzos, la anciana respondió:

—¡Muerta en el ataque al castillo!

—¡Muerta! —exclamó el conde con un rugido.

—¿Y mi sobrina? —preguntó Kernan sacudiendo violentamente a la anciana.

—¡En las prisiones de Quimper! —dijo al fin esta.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Kernan con acento terrible.

—¡Karval! —respondió la anciana.

—¡A Quimper! —exclamó el conde—. ¡Ven, Kernan, ven!

Y abandonaron a aquella desdichada que, sola, casi en su último aliento, representaba todo lo que quedaba de vivo en el burgo de Chanteleine.

V. — QUIMPER EN 1793.

Quimper había visto caer la primera cabeza bajo el hacha republicana, la de Alain Nedelec, y el clero bretón contó en esta ciudad a su primer mártir, el obispo Conan de Saint-Luc. Desde ese día, Quimper quedó entregada al arbitrio de los republicanos y del municipio.

Hay que decir que los bretones de las ciudades se distinguieron por su furor republicano; se lanzaron con arrojo al movimiento nacional; aquellas naturalezas enérgicas no conocían límite alguno ni en el bien ni en el mal; así, los primeros héroes del 10 de agosto, que invadieron las Tullerías y suspendieron al rey Luis XVI, fueron los federados de Brest, Morlaix y Quimper, levantados a la voz de la Asamblea Legislativa cuando el 11 de julio de 1792, ante la amenaza de Prusia, Piamonte y Austria coaligados contra Francia, esta declaró «la patria en peligro».

Tan bien apreciados fueron sus servicios, que el club bretón de París formó el núcleo del futuro club de los Jacobinos; y más tarde, la sección del faubourg Saint-Marceau tomó, en su honor, el título de sección del Finis-terre.

Quimper, entre otras, fue una de las ciudades más agitadas, lo que no habría esperado nadie de aquella capital de provincia enterrada en el fondo de la Baja Bretaña. Los amigos de la constitución se fundaron allí y sesionaron en la antigua capilla de los Cordeleros. Los clubes se multiplicaron, y más tarde fue uno de ellos quien decretó que los lactantes abandonarían el pecho de su nodriza para venir a escuchar los gritos de ¡Viva la Montaña! y que los niños aprenderían a hablar balbuciendo la Declaración de los Derechos del Hombre.

Sin embargo, cuando los administradores de Quimper, con Kergariou a la cabeza, vieron el giro de los acontecimientos y hacia dónde iba la revolución, quisieron frenar el movimiento; prohibieron ciertos periódicos, como el *Ami du peuple* de Marat; la comuna de París envió entonces para hacerlos entrar en razón a un procónsul; pero a su llegada, los quimpereses lo encarcelaron en el fuerte del Toro, y protestaron aún más enérgicamente que los Girondinos de París contra los Montañeses de la Convención; enviaron incluso junto con Nantes doscientos voluntarios a París para respaldar su protesta a mano armada, lo que trajo consigo un decreto de acusación en masa contra las administraciones de Bretaña. Pero tras la muerte de Luis XVI, tras la ejecución de los Girondinos, cuando Francia se vio presa del vértigo y se instauró el régimen del Terror, los republicanos reaccionarios de Bretaña quedaron desbordados.

Sin embargo, si los habitantes de las ciudades se habían sumado al movimiento, los campos se distinguieron en primer lugar por su resistencia

a la instalación de los curas juramentados; los expulsaron ignominiosamente; luego, cuando llegó la ley del reclutamiento, fue muy difícil contener a los campesinos del Finisterre, del Morbihan, del Loira Inferior y de las Costas del Norte. El general Canclaux apenas pudo domarlos con su ejército y las milicias municipales. Tuvo incluso que librar, el 19 de marzo, una batalla campal en Saint-Pol-de-Léon.

El comité de salud pública resolvió entonces actuar con la más extrema dureza tanto contra las ciudades como contra los campos. Envío dos delegados, Guermeur y Julien, que organizaron el sans-culotismo en Bretaña y sobre todo en Quimper.

Con ellos, aquellos procónsules traían la ley de los sospechosos de septiembre de 1793, aquella obra de Merlin de Douai, redactada en estos términos:

«Son reputados sospechosos:

«1.º Los que, ya por su conducta, ya por sus relaciones, por sus palabras o sus escritos, se hayan mostrado partidarios de la tiranía, del federalismo y enemigos de la libertad.

«2.º Los que no puedan justificar su modo de subsistencia y el cumplimiento de sus derechos cívicos.

«3.º Los que no hayan obtenido certificados de civismo.

«4.º Los funcionarios públicos, suspendidos o destituidos de sus funciones.

«5.º Los que fueran antes nobles, así como los maridos, esposas, padres, madres, hijos o hijas, hermanos o hermanas y agentes de emigrados que no hayan manifestado constantemente su adhesión a la revolución.»

Armados con esta ley, los delegados del comité de salud pública eran dueños del departamento. ¿Quién podía esperar escapar a esas medidas revolucionarias? No había persona que no cayera de un modo u otro bajo el golpe de aquellos terribles artículos. Las represalias se sucedieron sin tregua, y el Finisterre entero fue entregado al terror más extremo.

Guermeur y Julien iban acompañados de un subagente del comité, un personaje ínfimo que no era otro que ese Karval, ese maldito prometido a la venganza de Kernan.

Aquel miserable se había dado a conocer en París y llamado la atención en los clubes; se había infiltrado en las filas de los terroristas y acompañaba a los delegados en calidad de conocedor del departamento del Finisterre.

En realidad venía a ejercer sus más bajas venganzas contra el país que le había expulsado. Armado con la ley de los sospechosos, no le resultaba difícil alcanzar a la familia de Chanteleine.

Así, al día siguiente de su llegada a Quimper, se dispuso a actuar.

Ese Karval era un hombre de estatura mediana, portador de uno de esos semblantes ruines que el odio, la bajeza y la maldad van labrando poco a poco; cada nuevo vicio se le impregnaba y dejaba sus estigmas; no le faltaba inteligencia, pero al verle se adivinaba que debía de ser un cobarde. Como muchos de los héroes de la revolución, fue sanguinario por miedo, pero por miedo también se mantenía inflexible y nada podía enternecerle.

Al día siguiente de su llegada, el 14 de septiembre, fue a ver a Guermeur:

— Ciudadano — dijo —, necesito cien hombres de la milicia.

— ¿Para qué los quieres? — preguntó Guermeur.

— Tengo una ronda que hacer en mi tierra.

— ¿Dónde?

— Por el lado de Chanteleine, entre Plougastel y Pont-l'Abbé. ¡Conozco allí un nido de vendeanos!

— ¿Estás seguro de lo que dices?

— Seguro. Mañana te traigo al padre y a la madre.

— ¡No dejes escapar a los pequeños! — replicó riendo el feroz procónsul.

— ¡Tranquilo! Eso me conozco. Ya vacié nidos de mirlos antes, y quiero enseñarles a silbar el ¡Ça ira!

— ¡Pues ve! — dijo Guermeur firmando la orden que Karval pedía.

— ¡Salud y fraternidad! — dijo Karval al retirarse.

Al día siguiente partió con su destacamento, compuesto de los más desenfrenados de la ciudad; ese mismo día llegaba a Chanteleine.

Los campesinos, al ver a Karval, al que conocían bien, libraron un combate desesperado; comprendieron que había que vencer o morir, pero fueron vencidos después de haber intentado defender a su buena señora.

La condesa de Chanteleine, entre su hija, el abate Fermont y sus sirvientes, aguardaba con la más viva angustia el desenlace de la batalla.

Pronto lo conoció. Los milicianos de Quimper se apoderaron del castillo. Karval, a su cabeza, se lanzó a sus aposentos gritando:

— ¡Muerte a los nobles! ¡Muerte a los Blancos! ¡Muerte a los vendeanos!

La condesa, aterrada, quiso huir, pero no tuvo tiempo. Los desenfrenados llegaron hasta ella en la capilla del castillo, donde se había refugiado.

— ¡Arrestad a esa mujer y a su hija, mujer e hija de bandido! — exclamó Karval, ebrio de sangre y de júbilo—. Y a ese cleriguillo — añadió señalando al abate Fermont.

Marie se había desmayado en brazos de su madre, a la que le fue arrancada.

— ¿Y tu marido, el conde? — preguntó Karval con voz feroz.

La condesa le miró con altivez sin responder.

— ¿Y Kernan? — exclamó.

Igual silencio. Su rabia fue grande entonces al ver que aquellos dos hombres se le escapaban, y en su cólera golpeó a la condesa con un golpe mortal; la desgraciada mujer cayó lanzando una última mirada de angustia sobre su hija. Karval buscó, registró, pero en vano.

— Están en el ejército de los bandidos — exclamó—. ¡Bien! ¡Los encontraré!

Luego, dirigiéndose a sus hombres:

— Llevad a esa muchacha — dijo—, ¡ya es algo!

Marie, sin sentido, fue puesta junto al abate Fermont en medio de los campesinos arrestados; les ataron las manos, los encerraron como al ganado y los llevaron.

Al día siguiente, Karval conducía sus prisioneros a Guermeur.

—¿Y el macho? —preguntó Guermeur riendo.

—¡Volado! Pero tranquilo —respondió Karval con una sonrisa horrible—, lo atraparé.

Marie de Chanteleine y sus desdichados compañeros fueron arrojados en tropel a las prisiones de la ciudad; la joven no recobró el conocimiento más que entre los muros de su mazmorra.

Pero las prisiones acababan por resultar demasiado estrechas; así, se trabajó para vaciarlas, y el instrumento de muerte funcionó sin descanso en la plaza mayor de Quimper. Se llegó incluso a hablar de instalarlo en el pretorio del tribunal para ir más deprisa.

Se sabe cómo procedía, en aquellos tiempos de terror, la justicia revolucionaria, qué formalidades se cumplían y qué garantías rodeaban a los acusados.

El turno de la desgraciada joven no podía tardar en llegar.

Eso era lo que había sucedido durante aquellos dos meses en que el conde de Chanteleine había estado sin noticias de su esposa y su hija; eso era lo que escenas tan espantosas habían hecho de su castillo el teatro.

Entonces Kernan comprendió ese aire de satisfecha venganza que respiraba el semblante de Karval cuando, en medio de la refriega, le lanzó aquellas palabras terribles:

—¡Te esperan en el castillo de Chanteleine!

Así, mientras caminaba sosteniendo a su señor que aquel desastre abatía, murmuraba:

—¡Karval, seré despiadado! ¡Despiadado!

Eran cerca de las ocho cuando el conde y Kernan abandonaron el castillo; ni el hambre ni el cansancio pudieron detenerles ni un instante. Se lanzaron a campo traviesa, y por última vez, al volverse, el bretón divisó entre los árboles desnudos los muros del castillo de sus señores.

Entonces el fiel servidor guió al conde, casi loco de dolor; se encargó de tener valor e inteligencia para dos; para evitar todo mal encuentro, tomó por los caminos de travesía, y alcanzó pronto la carretera principal de Concarneau a Quimper, en el pueblo de Kerroland.

El conde y Kernan no se encontraban ya más que a dos leguas y media de Quimper, y al paso que llevaban, debían llegar antes de las diez de la mañana.

—¿Dónde está?... ¿dónde está mi hija? —murmuraba el conde, que habría dado lástima a los corazones más endurecidos—. ¡Muerta, muerta!... ¡como su pobre madre!

Visiones lúgubres le asaltaban el espíritu; y tan espantosas, que para disiparlas se ponía a correr, como si la visión no estuviera en él mismo.

Kernan no le abandonaba; le seguía en sus saltos desatinados, y llegaba incluso a empujarle hacia los matorrales del camino cuando algún transeúnte aparecía a lo lejos en la ruta. Todo hombre se volvía peligroso en semejante circunstancia, y en el estado de agitación en que se encontraba, el conde habría podido delatarse él solo.

Ciertamente el bretón sufría tanto como su señor, pero al mismo tiempo meditaba proyectos de venganza en los que este no pensaba. Su dolor se mezclaba con una inmensa carga de cólera. Luego reflexionaba y se planteaba preguntas a las que no podía responder: ¿qué iba a hacer el conde en la ciudad?

Si su hija estaba encarcelada, ¿lograría recuperarla? La justicia revolucionaria nunca devolvía a su presa, y el propio conde sería arrestado al menor paso sospechoso.

Así pues, sin plan fijo, sin idea preconcebida, aquellos dos hombres avanzaban como a la ventura, empujados por una fuerza irresistible.

Según los cálculos de Kernan, antes de las diez llegaron a los arrabales de Quimper. Las calles estaban casi desiertas, pero a lo lejos podía oírse una especie de murmullo fúnebre. Toda la población parecía haberse concentrado hacia el centro de la ciudad. Kernan tomó pues resueltamente por las calles conteniendo a su señor, que repetía en voz baja:

—¡Mi hija! ¡Mi criatura!

El padre sufría en él más todavía que el esposo, cuyo dolor carecía de remedio.

Tras diez minutos de marcha, el señor y el servidor llegaron a una de las calles que bordean la catedral; allí se encontraron a la cola de una numerosa

concentración.

Había gente que vociferaba, que aullaba; otros, aterrorizados, se retiraban a sus casas cerrando puertas y ventanas. Se oían acentos de dolor mezclados con imprecaciones; había rostros aterrados junto a caras sanguinarias. Algo siniestro planeaba en el aire.

Pronto, en medio del ruido, se escucharon estas palabras:

— ¡Ya están, ya están!

Pero ni el conde ni Kernan pudieron ver lo que excitaba la curiosidad de la muchedumbre. A esas palabras, por otro lado, sucedieron de inmediato los prolongados gritos de:

— ¡Abajo los Blancos! ¡Abajo los aristócratas! ¡Viva la República!

Evidentemente algo espantoso estaba ocurriendo en la plaza vecina; al doblar la calle, todos los rostros estaban vueltos hacia un mismo punto, y la mayoría, hay que decirlo, reflejaban pasiones inhumanas, que venían a buscar en ese espectáculo su cruel satisfacción.

De vez en cuando se oían murmullos más violentos; en un momento dado, algo extraordinario pareció ocurrir en la plaza, pues las palabras:

— ¡No, nada de gracia! ¡Nada de gracia!, pronunciadas, aulladas más bien por quienes lo veían, refluían hasta las últimas filas de los espectadores.

El semblante del conde estaba bañado en un sudor frío.

— ¿Qué pasa? — se preguntaban quienes le rodeaban; y sin saberlo, por un instinto de ferocidad, exclamaban:

— ¡Nada de gracia! ¡Nada de gracia!

Kernan y el conde quisieron abrirse paso a cualquier precio entre la muchedumbre, pero no pudieron conseguirlo; por otro lado, pocos minutos después de su llegada, aquel espectáculo terminó, pues el populacho se echó a refluir de golpe; los brazos se agitaron, los rostros se volvieron, y las voces se fueron apagando poco a poco.

Entonces unos pregoneros se abrieron camino lanzando a la multitud los nombres de las víctimas.

— ¡Ejecución del 6 de nivoso del año II de la República! ¿Quién quiere la lista de los condenados?

El conde miró a Kernan con ojos extraviados.

— ¡Aquí, aquí! — continuaban los pregoneros — . ¡El cura Fermont!

El conde apretó la mano de Kernan hasta hacerle daño.

— ¡La señorita de Chanteleine!

— ¡Ah! — exclamó el conde lanzando un grito espantoso.

Pero Kernan le puso la mano en la boca, le recibió en sus brazos al desplomarse, y antes de que los testigos de la escena pudieran comprenderla, arrastró a su señor a una calle apartada.

Entre tanto, otros nombres eran arrojados a la muchedumbre, y este grito resonaba por todas partes:

— ¡Muerte a los aristócratas!... ¡Viva la República!

VI. — LA POSADA DEL TRIÁNGULO IGUALITARIO.

La situación de Kernan era terrible; había que poner al conde a salvo de cualquier mirada antes de que recobrase el conocimiento. ¡Sus primeras palabras no podían dejar de delatarle! Pediría a gritos a su hija y descubriría al conde de Chanteleine bajo el traje del campesino bretón.

Corriendo por las calles, Kernan divisó una especie de posada ante la cual se detuvo, arrastrando o más bien cargando a su señor.

La posada tenía un letrero adornado con todos los atavíos de la época, picas y haces romanos, con estas palabras:

AL TRIÁNGULO IGUALITARIO. EN CASA DE MUTIUS SCÉVOLA, posada a pie y a caballo.

«Una posada de bandidos — se dijo —; ¡pues bien, estaremos más seguros! Además no tengo elección.»

Tan poca elección tenía, que no habría encontrado en la ciudad ni una taberna sin rótulo cívico.

Entró pues en la sala baja, depositó su inerte carga en una silla y pidió una habitación. El posadero, Mutius Scévola en persona, se presentó:

—¿Qué quieres, ciudadano? —le preguntó con tono brusco al bretón.

—Una habitación.

—¿Y pagas?

—¡Pues claro! —respondió Kernan—. No se desvalija a los chuanes para nada. Toma, por adelantado —añadió arrojando unas monedas sobre la mesa.

—¡Plata! —exclamó el posadero, más acostumbrado al papel que al metal.

—Y buena, con la cara de la República encima.

—¡Bien, se os atenderá! Pero ¿qué le pasa a tu amigo?

—A mi hermano, ¿me entiendes?, si no te rasca demasiado el gazonate; al espolear nuestro jaco para llegar a tiempo...

—¡A la ejecución! —dijo el posadero frotándose las manos.

—Eso es —respondió Kernan sin pestañear—; ¡dimos un salto en el foso! El animal se mató en el acto, y este no está mucho mejor. Pero basta de charla por ahora. ¡He pagado! ¿Mi habitación?

—¡Bien, bien, se os atenderá! No hace falta que te pongas bravucón. No es culpa mía que hayas llegado tarde. Pero ya que te has perdido la ejecución de los bandidos, te daré detalles.

—¿Estabais allí?

— ¡Pues claro! A dos pasos del ciudadano Guermeur.

— ¡Un tipo duro, ese! —replicó Kernan, que no conocía siquiera ese nombre.

— ¡Ya lo creo! —respondió el posadero.

— ¡Pues hasta luego, ciudadano Scévola!

Scévola hizo subir al segundo piso al bretón, que había vuelto a cargar con su fardo.

— ¿Necesitas algo? —preguntó cuando llegaron.

— Ni a ti ni a nadie —respondió el bretón.

— No es muy cortés, pero paga —murmuró Scévola—; eso compensa.

Pocos instantes después, Kernan se encontraba a solas en presencia de su señor desmayado, y por fin daba rienda suelta a sus lágrimas; llorando, sin embargo, prodigó al conde los cuidados más solícitos; le humedeció la frente decolorada y logró hacerle recobrar el sentido. Pero tuvo la precaución de ponerle la mano en la boca y atajar el primer estallido de su dolor.

— Sí, nuestro señor —le dijo—, lloremos; pero lloremos en voz baja; no se nos permite gemir aquí.

— ¡Mi esposa, mi hija! —repetía el conde entre sollozos—. ¿Es verdad esto? ¿Es posible? ¡Muertas, asesinadas!... Y yo estaba allí... ¡y no pude!... ¡Ah, iré a buscar a su asesino!

El conde se debatía como un loco. Kernan, pese a su fuerza hercúlea, tenía mucho trabajo para contenerle y ahogar sus gritos.

— ¡Nuestro señor —decía—, os van a arrestar!

— ¡Qué me importa! —repetía el conde forcejando.

— ¡Os guillotinarán!

— ¡Mejor, mejor!

— ¡Y a mí también! —dijo el bretón.

— ¡Tú, tú! —exclamó el conde, y se hundió en una profunda postración.

Durante unos minutos, grandes sollozos le sacudieron el pecho; al fin se calmó, se arrodilló sobre las baldosas desnudas de la habitación y rezó por quienes tanto había amado y que ya no estaban.

Kernan se arrodilló junto a él y mezcló sus lágrimas con las suyas. Tras una larga oración, se levantó y dijo al conde:

—Ahora, nuestro señor, dejadme recorrer la ciudad; quedaos aquí; rezad y llorad; necesito saber lo que ha ocurrido.

—Kernan, me dirás todo lo que hayas averiguado —respondió el conde aferrando las manos de su servidor.

—Todo, os lo juro, nuestro señor... ¿Pero no saldréis de esta habitación?

—¡Te lo prometo! ¡Ve, Kernan, ve!

Y el conde dejó caer la cabeza entre las manos, por entre las cuales se filtraban gruesas lágrimas.

Kernan bajó a la sala baja y encontró a Scévola en la puerta.

—¡Vaya! ¿Y tu hermano? —le preguntó el posadero patriota.

—¡Duerme! No será nada; pero que no me le molesten, ¿me oyes?

—¡Tranquilo!

—Ahora —dijo Kernan—, te escucho.

—¡Ah, quieres que te cuente la función! ¡Sí, lo comprendo! —añadió riendo—. ¡Hiciste cola, pero no pudiste entrar! ¡Había demasiada gente!

—Exacto.

—¡Pero si tú puedes escuchar sin beber, ciudadano! Yo no puedo hablar sin humedecer las palabras.

—¡Pues trae una botella —dijo Kernan—, y también un pan! Te escucharé mientras como algo.

—Trato hecho —replicó Mutius Scévola.

Un instante después, los dos hombres estaban codos sobre la mesa, y el ciudadano Scévola le hacía los honores a su provecho.

—Pues veréis la cosa —dijo tras apurar un vaso de vino—. Desde hace dos meses, las prisiones de la ciudad estaban a rebosar. Los fugitivos de la Vendée aportaban mucho, y se veía llegar el momento en que no se podrían hacer más prisioneros por falta de cárceles; así que había que vaciarlas más deprisa. Desgraciadamente, el ciudadano Guermeur es un buen patriota, pero no tiene la imaginación de Carrier o de Lebon, y quería proceder dentro de las formas.

Los puños de Kernan se crispaban bajo la mesa al escuchar esas palabras. Sin embargo, tuvo bastante dominio de sí para no solo contenerse, sino también para responder:

—¡Un as, ese Carrier!

—¡Ya lo creo, con sus ahogamientos! Además, tiene un río tan hermoso a su disposición... En fin, hemos hecho lo que hemos podido, durante dos meses; se procedía por cantón; los de antes no tenían derecho a quejarse; ¡todos los países morían juntos! Al fin, se ha marchado tan bien, que se ha conseguido casi vaciar las prisiones; pero ya se trabaja para volver a llenarlas.

—¿Y esta mañana? —preguntó Kernan—. ¿No han ejecutado a una ex señorita de Chanteleine?

—Sí, ¡un buen pedazo de muchacha, a fe mía! y con su cura, para enseñarle el camino. ¡Eso lo hizo Karval!

—¡Ah, el famoso Karval!

—¡Él mismo! ¡Vaya un tipo que funciona bien! ¿Le conoces?

—¡Si le conozco! ¡Dos amigos! ¡Uña y carne! —respondió tranquilamente Kernan—. ¿Está aquí?

—¡No, salió en ronda hace ocho días! Hay que decir que el golpe no fue completo. Cuando hizo su excursión a Chanteleine, esperaba arrestar al ex conde, sobre el que tiene sus planes. Pero ¡el pájaro había volado!

—¿Entonces? —preguntó Kernan.

—Entonces se incorporó al ejército de Kléber, con la idea de atrapar a su hombre, y no me sorprendería que, durante la derrota de Savenay, haya conseguido sus fines.

—Es posible, porque allí les dieron bien a los Blancos —respondió el bretón—. Pero dime, ¿y la joven?

—¿Qué joven?

—La ex de esta mañana... ¿cómo se lo tomó?

—¡Bah!... bastante mal —respondió el posadero llevando el vaso a los labios—; no hubo placer ninguno con ella; estaba medio muerta de miedo.

—Así que —dijo Kernan, conteniéndose a duras penas—, ¿está bien muerta?

—¡Hombre, a no ser que tuviera algún secreto! —dijo el posadero riendo—. ¡Ah, pero, por cierto, ocurrió algo curioso durante la ceremonia!

—¿Y qué fue, ciudadano Scévola? —respondió Kernan—. ¡Eres muy interesante!

—Sí —dijo el monstruo pavoneándose—, aunque preferiría no tener que contar lo que voy a decir.

—¿Por qué?

—Porque no honra al Comité de salud pública.

—¿Cómo, el Comité?

—¡Uno de sus miembros concedió el indulto!

—¿Y quién fue?

—¡El virtuoso Couthon!

—¿No es posible?

—¡Juzgad! Esta mañana, la máquina funcionaba tranquilamente; los campesinos, los nobles, los curas, todo eso basculaba con una igualdad republicana; la pequeña Chanteleine ya había pasado, y no quedaban más que dos o tres condenados, cuando se produjo un alboroto en la muchedumbre; un joven, con el cabello en desorden, montado en un caballo que cae muerto en el acto, llega gritando: «¡Gracia, gracia para mi hermana!» Abre paso entre la muchedumbre, llega junto al ciudadano Guermeur, le entrega un papel firmado por Couthon con el indulto de su hermana.

—¿Y bien?

— ¡Pues bien, no había manera de resistirse! Y sin embargo, ese muchacho era un ex noble.

— ¿Cómo se llama?

— El caballero de Trégolan, según me dijeron.

— No le conozco — respondió Kernan.

— Se acercó a la guillotina, y aquello le produjo un efecto singular, porque levantó los brazos con desesperación; se hubiera dicho que iba a desmayarse de sensiblería. Pero hizo bien en no perder el tiempo, porque su hermana ya subía los peldaños, desmayada en brazos del ciudadano verdugo. «¡Mi hermana, mi hermana!» exclamó, y tuvieron que devolvérsela. Así que si su caballo hubiera tropezado en el camino, ¡todo habría acabado!

— ¿Eso fue lo que causó el revuelo entre la muchedumbre?

— Sí; se gritaba: «¡No, no!» Pero Guermeur, ante la firma del virtuoso Couthon, tuvo que inclinarse. ¡En todo caso, es una mancha para el Comité de salud pública!

— Pues bien — respondió Kernan —, tuvo suerte ese Trégolan... ¿Y después?

— ¡Después, se llevó a su hermana, y se continuó con el trabajo!

— ¡Pues a tu salud, Scévola! — dijo Kernan.

— ¡A la tuya, muchacho! — respondió el posadero.

Los dos conversadores chocaron los vasos.

— ¿Y ahora, qué vas a hacer? — preguntó el patriota.

— Voy a ver si mi hermano sigue durmiendo, y luego daré una vuelta por la ciudad.

— A tu gusto, no te cortes.

— Yo tampoco me corto.

— ¿Piensas quedarte aquí algún tiempo?

— Habría querido ver a Karval y estrecharle la mano — respondió Kernan con aire despreocupado.

—Pero puede regresar a Quimper de un día para otro.

—Si estuviera seguro, esperaría —dijo el bretón.

—Hombre, no puedo decirte más.

—En todo caso —dijo el bretón—, ya le encontraré un día u otro.

—¡Bien!

—¿Para en tu casa?

—No, se aloja en el obispado, en casa del ciudadano Guerneur.

—Pues iré a verle.

Con esto, Kernan dejó al posadero; el esfuerzo que había hecho para contenerse durante toda aquella conversación le había quebrantado hasta el punto de que no podía subir la escalera.

—¡Sí, Karval! —repitió—. ¡Te encontraré!

El acento con que pronunció estas palabras es imposible de reproducir.

Por fin volvió junto al conde; le encontró sumido en un dolor profundo, pero resignado. Kernan tuvo que referirle todo lo que había averiguado; tras cerciorarse bien de que nadie podía escucharle, tras sondar las paredes, hizo en voz baja su doloroso relato, durante el cual las lágrimas no dejaron de correr por el semblante alterado del conde.

Luego Kernan llamó su atención sobre lo que quedaba por hacer.

—Ya no tengo esposa, ya no tengo hija —respondió el conde—; no me queda más que morir, y moriré por la santa causa.

—Sí —dijo Kernan—; iremos a Anjou, a reunirnos con los chuanes que se agitan.

—Iremos.

—Hoy mismo.

—Mañana; esta noche tengo un último deber que cumplir.

—¿Cuál, nuestro señor?

—Quiero ir al cementerio esta noche, a rezar sobre la fosa común donde han arrojado el cuerpo de mi hija.

—Pero... —dijo Kernan.

—Lo quiero —respondió el conde con voz suave.

—Rezaremos juntos —dijo el bretón dulcemente.

El resto del día transcurrió en llanto; aquellos dos pobres hombres, la mano del uno en la mano del otro, solo fueron sacados de su doloroso silencio por cánticos y manifestaciones de alegría que resonaron en la calle.

¡El conde no se movió! Nada podía distraerle; Kernan se fue hacia la ventana; un grito terrible estuvo a punto de escapársele, pero se contuvo y no quiso ni siquiera comunicar al conde lo que acababa de ver.

Karval, acompañado de su horda sangrienta, volvía a entrar en Quimper, horrible, ensangrentado, casi borracho, empujando ante él a ancianos, heridos, mujeres y niños, pobres prisioneros vendeanos arrancados a la derrota del gran ejército y destinados al cadalso.

Iba a caballo, y todos los bandidos de la ciudad le seguían colmándole de ruidosas aclamaciones.

Decididamente, ese Karval se estaba convirtiendo en un personaje.

Cuando hubo pasado, Kernan volvió junto al conde y le dijo en voz baja:

—Tenéis razón, nuestro señor, ¡hoy no es el día de partir!

VII. — EL CEMENTERIO.

Llegó la noche. El tiempo había cambiado; nevaba. A las ocho, el conde se levantó y dijo:

—Es hora, partamos.

Kernan, sin responder, abrió la puerta y tomó la delantera. Esperaba evitar el encuentro con Scévola, pero este, al oírle bajar, abandonó la sala baja por instinto de posadero, y se encontró en el camino del bretón.

—¡Hombre! —dijo—, ¿te vas, ciudadano?

—¡Sí, mi hermano está mejor!

—¡Mal tiempo para ponerse en camino! ¿No puede esperar a mañana?

—¡No! —replicó Kernan, que no sabía muy bien qué decir.

—A propósito —dijo Scévola—, ¿sabes que el virtuoso Karval ha vuelto a Quimper?

—Precisamente —dijo el bretón—, vamos al obispado a hacerle una visita.

Al pronunciar estas palabras, se había vuelto hacia el conde, que por fortuna no había oído ese nombre fatal.

—¡Ah, vais a verle al obispado! —repuso el posadero.

—Eso es, y te aseguro que nuestra visita no le desagradará.

—¡Je, je! —respondió Scévola riendo groseramente—; ¡alguna denuncia de curas o de emigrados!

—¡Quizás! —dijo Kernan tomando el brazo de su señor y arrastrándole hacia la puerta.

—¡Pues buena suerte, ciudadano!

—¡Hasta la vista! —respondió el bretón.

Y salió por fin de la posada.

La ciudad parecía desierta; un silencio profundo reinaba en las calles amortiguadas por la nieve.

El conde y su compañero pegaban a las casas; el primero se dejaba conducir; no sentía el frío. Desde su resolución de ir a rezar sobre la tumba de su hija, no había pronunciado una palabra y se había absorbido por completo en su dolor. Kernan respetaba ese silencio.

Al cabo de veinte minutos, los muros del cementerio aparecieron en la oscuridad. A esa hora, las puertas estaban cerradas. Poco importaba, por lo demás; el bretón no tenía intención de penetrar por la entrada pública y de dejarse ver por el guarda.

Rodeó pues los muros para encontrar un lugar propicio para escalarlo. El conde le seguía con una obediencia pasiva, como un niño o como un ciego.

Tras buscar largo rato, el bretón llegó a un lugar donde el muro descalzado había cedido en parte, dejando una brecha practicable. Kernan se lanzó sobre las piedras, apenas retenidas en un mortero de nieve y barro; desde allí tendió la mano a su señor, y penetró con él en el cementerio.

La blancura de aquel campo del reposo ofrecía una contemplación penosa a la vista. Algunas tumbas de piedra, numerosas cruces de madera negra, estaban revestidas del sudario blanco del invierno; ¡triste espectáculo el de aquel cementerio de luto! Venía involuntariamente a la mente que aquellos pobres muertos debían de tener mucho frío bajo aquella tierra helada, y más aún los que un municipio indiferente acababa de precipitar en la fosa común.

Kernan y el conde, tras recorrer algunas alamedas desiertas, llegaron a aquella fosa apenas cubierta, y revestida de irregulares bultos que la nieve dibujaba nítidamente. Las palas y los picos de los sepultureros estaban allí para el trabajo del día siguiente.

En el momento en que se acercaba, Kernan creyó ver una forma humana, inclinada en tierra, que se levantaba de repente y buscaba ocultarse tras el oscuro follaje de los cipreses. Pensó en un principio que sus ojos sufrían una alucinación involuntaria.

—Me equivoco —se dijo—. ¿Alguien aquí a esta hora? ¡No es posible!

Sin embargo, al mirar con atención, vio la forma moverse entre los árboles; al mismo tiempo advirtió huellas recientes. Alguien acababa evidentemente de huir.

¿Era un sepulturero haciendo su ronda, un guarda, un profanador de tumbas?

Kernan detuvo al conde con la mano; esperó unos instantes, y al no reaparecer el individuo, caminó hacia la fosa común.

—Es aquí, nuestro señor —dijo.

El conde se arrodilló sobre la tierra helada, se descubrió la cabeza y, con la cabeza al descubierto, se puso a rezar y a llorar también; sus lágrimas rodaban hasta el suelo, y la nieve se derretía a su ardiente contacto.

Kernan, igualmente arrodillado, rezaba también, pero observaba y vigilaba los alrededores.

¡Pobre conde de Chanteleine! Hubiera querido apartar con sus manos aquella tierra que le ocultaba a su hija, ver una última vez sus queridos rasgos y dar una tumba más digna a sus restos inanimados. Sus manos se hundían en la nieve, y suspiros capaces de romperle el corazón escapaban de su pecho.

Llevaba así un cuarto de hora; Kernan no se atrevía a interrumpir su dolor. Pero temía que los sollozos del conde fueran sorprendidos por algún espía apostado.

En ese momento, creyó oír pasos; se volvió con inquietud; vio claramente esta vez una forma humana que abandonaba el macizo de cipreses y se dirigía hacia la fosa.

—¡Ah! —exclamó el bretón—. Si es un espía, lo pagará caro.

Y, con el cuchillo en la mano, se precipitó hacia un desconocido que no parecía querer esquivarle; al contrario, este parecía esperar a su agresor con pie firme. Pronto aquellos dos hombres estuvieron a tres pasos el uno del otro, en actitud de defensa.

—¿Qué venís a hacer aquí? —preguntó rudamente el bretón.

El desconocido, un joven de unos treinta años vestido con traje de campesino, respondió con voz emocionada:

—Lo que vos mismo habéis venido a hacer.

—¿Rezar?

—¡Rezar!

—¡Ah! —dijo Kernan—. ¿Tenéis parientes?

—¡Sí! —respondió el joven con voz triste.

El bretón le miró atentamente y vio lágrimas en sus ojos.

—Perdonadme —dijo—; os había tomado por un espía. Venid, pues.

Y seguido del desconocido, volvió junto al conde; este, sacado de su torpor, iba a levantarse, cuando el joven le hizo señas de no moverse.

—¿Venís a rezar, señor? —dijo el conde—. ¡Hay sitio para los dos sobre esta tumba! Soy un padre que llora a su hija. ¡La mataron esta mañana y la pusieron aquí!

—¡Pobre padre! —dijo el joven.

—¿Pero quién sois? —preguntó Kernan.

—El caballero de Trégolan —respondió el joven sin vacilar.

—¡El caballero de Trégolan! —exclamó Kernan.

Y volvió a ponerse en guardia recobrando toda su desconfianza, pues ese nombre le recordaba la escena de la mañana, y no comprendía qué pudiera tener que hacer aquel joven en el cementerio.

—Sí —había respondido el caballero.

—Vos que esta mañana obtuvisteis el indulto de vuestra hermana y la salvasteis.

—¡Salvada! —dijo el joven juntando las manos.

—¿Y es a ella a quien venís a llorar aquí?

—Caballero —dijo el conde, que no dudaba—, ¡habéis tenido más fortuna que yo! Yo ni siquiera llegué a tiempo de ver a mi hija por última vez.

—¿Quién sois vos? —preguntó vivamente el joven.

Kernan iba a lanzarse sobre su señor para taponarle la boca e impedirle revelar el secreto de su nombre, cuando este dijo gravemente:

—¡Soy el conde de Chanteleine!

—¡Vos! —exclamó el joven—. ¿Vos, el conde de Chanteleine?

—Yo, señor.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó el desconocido aferrando las manos del conde y tratando de reconocer su semblante.

—¿Y bien? —preguntó Kernan impaciente.

— ¡Venid, venid! — dijo vivamente el joven — . ¡Venid sin perder un instante!

— ¡Alto ahí! — dijo Kernan — . ¿Qué queréis? ¿Adónde pretendéis llevar a nuestro señor?

— ¡Pero venid! — exclamó el joven con cierta vehemencia.

El bretón iba a lanzarse sobre el caballero, que se había aferrado al brazo del conde y trataba de arrastrarle, cuando el conde le dijo:

— ¡Vamos, Kernan, vamos! Este es un hombre de corazón.

Kernan, obediente, se colocó a la izquierda del joven, dispuesto a golpearle al menor indicio de traición, y los tres salieron por la brecha del cementerio; rodearon los muros. El caballero de Trégolan no hablaba, pero sus manos permanecían crispadas sobre el brazo del conde.

Entraron así en la ciudad y se adentraron por callejuelas estrechas en lugar de seguir las calles; por lo demás, estaban absolutamente solos; lo que no impedía a Kernan lanzar miradas atentas a su alrededor.

El silencio de la noche solo fue turbado una vez, cuando el caballero y sus dos compañeros pasaron junto al obispado, cuyas ventanas, vivamente iluminadas, dejaban escapar gritos de alegría. Se festejaba allí el regreso de Karval; se cantaba, se bailaba, jueces con verdugos, y Kernan sintió una rabia espantosa subirle al corazón.

Por fin el joven se detuvo ante una casa tranquila y un tanto aislada en el extremo de un arrabal.

— ¡Es aquí! — dijo.

Y se adelantó para llamar a la puerta. Kernan le detuvo el brazo en el momento en que aferraba el aldabón.

— ¡Un momento! — dijo.

— ¡Deja hacer, Kernan! — dijo el conde.

— ¡No, nuestro señor! En estos tiempos de miseria, toda casa es sospechosa. Hay que saber adónde se va. ¿Por qué nos introducís en esta morada? — dijo volviéndose hacia el joven.

— ¡Para mostraros a mi hermana! —respondió el joven con una triste sonrisa.

Llamó suavemente a la puerta. Se oyeron pasos temerosos acercarse por el pasillo y detenerse. El caballero llamó por segunda vez de cierta manera y dijo:

— ¡Dios y el rey!

La puerta se abrió; una anciana se encontraba allí, y pareció inquieta al ver al joven acompañado de dos desconocidos.

— Amigos —dijo este—, nada temáis.

La puerta se cerró rápidamente; una vela encendida permitió a Kernan entrever una escalera de madera que giraba al fondo del pasillo; el caballero subió, seguido del conde y del bretón, este siempre armado.

Sin embargo, había debido de tranquilizarle el siguiente intercambio de palabras entre la anciana y el joven:

— Caballero —había dicho aquella—, ¡cuánto me ha inquietado vuestra ausencia!

— ¿Y ella? —preguntó él.

— Ella —respondió la anciana—, ¡llora que da lástima!

— ¡Venid, señor conde! —dijo el joven.

En lo alto de la escalera había una puerta por debajo de la cual se filtraba un reguero de luz. El caballero la abrió de par en par y dijo estas solas palabras:

— ¡Señor conde de Chanteleine, aquí está mi hermana!

Antes que el conde, Kernan había lanzado una rápida ojeada al interior de aquella habitación, ¡y había lanzado un grito, pero un grito de espantosa sorpresa!

¡La señorita de Chanteleine, Marie, su sobrina, estaba ante sus ojos, tendida en una cama, pero viva! ¡Viva!

— ¡Mi hija! —exclamó el conde.

— ¡Ah, padre! —dijo la joven incorporándose y arrojándose en sus brazos.

Fue un momento de delirio indescriptible. ¿Cómo pintar las caricias de ese padre y su hija? Kernan lloraba en un rincón después de haber abrazado a Marie. El caballero de Trégolan contemplaba aquella escena enternecedora con las manos cruzadas.

De repente, Marie lanzó un grito, y un pensamiento terrible cruzó por su memoria.

— ¡Mi madre! —exclamó.

Ignoraba que su madre hubiera perecido en el saqueo del castillo.

El conde, sin hablar, señaló con el dedo el cielo a su hija, que se desplomó casi sin sentido sobre la cama.

— ¡Mi hija, mi hija! —exclamó el conde precipitándose hacia ella.

— No temáis, nuestro señor —dijo Kernan levantando la cabeza de la joven—; es una crisis que pasará.

En efecto, al cabo de unos instantes Marie recobró el conocimiento, y sus lágrimas fluyeron en abundancia. Al fin, sus sollozos se detuvieron, y el conde pudo interrogarla.

— ¿Pero qué milagro te ha sustraído de la muerte, hija mía? —preguntó.

— ¡Lo ignoro, padre! Me arrastraron moribunda al cadalso. ¡No vi nada, no oí nada! y me encontré aquí.

— Hablad, pues, señor de Trégolan, ¡hablad! —dijo el conde.

— Señor conde —respondió el caballero—, mi hermana había sido arrojada a las prisiones de Quimper; desesperado, corrí a París, y tras largas gestiones obtuve su indulto de Couthon, al que mi familia había prestado antaño un servicio. Regresé a Quimper con la orden firmada y, a pesar de mis esfuerzos, llegué demasiado tarde.

— ¿Demasiado tarde?

— La cabeza de mi pobre hermana —repuso el caballero sollozando— acababa de rodar en el cadalso ante mis ojos.

— ¡Oh, oh! —exclamó el conde aferrando las manos del joven.

—¿Cómo no caí muerto?... ¿Cómo no grité?... ¿Cómo no reclamé a aquella cuya vida tenía en mis manos?... No puedo decíroslo, pero el Cielo me envió una inspiración por la que le doy gracias. Todas aquellas desgraciadas víctimas estaban allí en tropel; ¡los ejecutores ni siquiera las reconocían! En el momento en que la señorita de Chanteleine subía desmayada en brazos del verdugo, me adelanté, hice un esfuerzo sobrehumano y dije: «¡Gracia, gracia! ¡Es mi hermana!» Y tuvieron que dármela, y la trasladé a casa de esta buena señora. ¡Por eso me habéis visto rezar esta noche sobre la tumba de la que ya no está!

El conde se había levantado.

—¡Hijo mío! —dijo al caballero arrodillándose ante él.

Kernan, tendido en el suelo, cubría de lágrimas los pies del joven.

VIII. — LA HUIDA.

Puede imaginarse qué noche pasó el conde junto a su hija salvada de la muerte. Si entonces sintió con más fuerza la pérdida de la condesa, si habló a Marie de su pobre madre, una santa y una mártir, todas aquellas penas estuvieron sin embargo mezcladas con una inmensa alegría; ¡qué oraciones de misericordia elevó al cielo por su esposa muerta, de gratitud por su hija viva y por su salvador!

Kernan había dicho al joven:

— Señor caballero, tenéis en mí un perro leal, y toda mi sangre no pagará lo que habéis hecho.

¡Pobre joven! Se sentía que toda aquella alegría debía de serle desoladora, pues la pagaba con la muerte de su hermana.

Llegada la mañana, Kernan pensó en lo más urgente; no se podía permanecer en aquella casa sin poner en peligro la vida de la anciana; se resolvió pues partir, y provisionalmente Kernan tuvo que renunciar a su venganza contra Karval. En ese momento, la salvación de su sobrina Marie estaba por encima de todo.

Se discutió el partido a tomar.

— Señor conde — dijo el caballero de Trégolan —, lo había dispuesto todo para poner a mi pobre hermana en lugar seguro, en una cabaña de pescador, en el pueblo de Douarnenez. ¿Queréis venir allí a esperar tiempos mejores o la ocasión de abandonar Francia?

El conde miró a Kernan.

— Vayamos a Douarnenez — respondió este —; el consejo es bueno, y si no se puede embarcar, intentaremos escondernos tan bien que nadie sospeche nuestra presencia.

— Os aconsejo partir esta misma mañana — dijo el caballero —; no hay que perder un instante, y es necesario proveer cuanto antes a la seguridad de la señorita de Chanteleine.

— Pero en Douarnenez — preguntó el conde —, ¿encontraremos de qué vivir sin despertar sospechas?

— Sí; tengo allí un viejo servidor de mi familia que ejerce el oficio de pescador, el buen Locmaillé; nos recibirá de muy buen grado y podremos vivir en su casa hasta que se presente la ocasión de abandonar Francia.

— Sea como se ha dicho — respondió Kernan —; y pongámonos en marcha cuanto antes. No estamos más que a cinco leguas de Douarnenez y podemos llegar esta noche.

El conde aprobó esa decisión; tenía prisa por dar a su hija algo de la tranquilidad que tanto necesitaba la pobre criatura; pero al verla tan débil, temía que no pudiera soportar las fatigas del camino; las escenas del cadalso volvían a veces al espíritu de Marie con tal vivacidad, que parecía a punto de desmayarse. Se estremecía al menor ruido; ¡sabía a sus verdugos tan cerca! Sin embargo, las caricias de su padre y las de Kernan le devolvieron

algo de fuerza, y se declaró dispuesta a afrontar todo con tal de abandonar aquella ciudad en la que dejaba recuerdos espantosos.

Fue preciso entonces ocuparse de su atavío.

Se hizo venir a la anciana, a la que el conde dirigió vivas palabras de gratitud. Aquella digna mujer pudo proporcionar ropa de campesina. La joven, que quedó sola en su habitación con su bienhechora, se puso aquel traje, bajo el cual nadie podría sospechar a Marie de Chanteleine: medias de lana roja gastadas por los frecuentes lavados, una falda de lana a rayas, con un delantal de tela gruesa que la envolvía por entero.

Marie de Chanteleine era una joven de diecisiete años; se parecía mucho al conde, con sus dulces ojos azules, enrojecidos entonces por el llanto, y su boca encantadora que intentaba sonreír; había sufrido cruelmente durante su detención, pero un observador atento hubiera reconocido toda su real belleza. El resto de sus cabellos rubios, cortados por la mano del verdugo, se disimuló fácilmente bajo la cofia bretona que le envolvía la cabeza según la moda del país; la parte superior del delantal se dobló sobre el corpiño, sujeta por unas piezas fijadas con gruesos alfileres; sus manos blancas fueron frotadas con tierra para darles un color menos sospechoso, y así vestida, habría resultado irreconocible para todos, incluso para Karval, su enemigo más terrible.

Al cabo de media hora su arreglo estaba terminado, y quedó lista para partir. Las siete sonaban en el reloj del municipio; apenas amanecía, y los fugitivos, tras cálidas despedidas a la anciana, abandonaron la ciudad sin haber sido advertidos.

Se trataba de ganar primero la carretera de Audierne, que conduce a Douarnenez. Kernan conocía perfectamente el país; hizo tomar a la pequeña tropa caminos de travesía, más largos pero más seguros; no se podía marchar deprisa; Marie se arrastraba apenas y se apoyaba ora en el brazo de su padre, ora en el de Kernan. Pero se veía a qué precio de esfuerzos conseguía sostenerse; aquel aire puro del que había sido privada durante su dolorosa encarceración y que aspiraba a plenos pulmones le causaba una especie de vértigo y la embriagaba como un vino generoso.

Tras dos horas de marcha, se vio obligada a detenerse y pidió algunos instantes de reposo. Los fugitivos hicieron alto.

—Hoy no llegaremos —dijo Kernan.

—No —respondió el joven—; nos veremos obligados a pedir asilo en alguna casa.

—Toda casa me parece sospechosa —respondió el bretón—, y si fuera absolutamente necesario, preferiría tomar unas horas de reposo bajo un matorral del camino.

—Continuemos, amigos —respondió Marie tras un cuarto de hora de parada—; puedo dar aún algunos pasos; cuando me sea del todo imposible, os lo diré.

Y se reanudó la marcha interrumpida. La nieve había cesado, pero hacía frío; Kernan se desprendió de su piel de cabra y cubrió con ella los hombros de la joven.

Hacia las once de la mañana, los viajeros apenas habían hecho dos leguas; el pueblo de Plonéis no había sido aún rebasado; el campo parecía desierto; no se veía ni siquiera una cabaña de paja; el suelo desaparecía por completo bajo inmensas mantas blancas. Marie no podía dar un paso más. Kernan tuvo que cogerla y llevarla en brazos; pero la pobre criatura, a la que la marcha ya no calentaba, permanecía helada entre los brazos del bretón; el conde y el caballero se despojaron de sus chaquetas y envolvieron como mejor pudieron sus pies.

Por fin, como buenamente pudieron, al anochecer, tras seguir la carretera principal, llegaron al pueblo de Kermingny; quedaba aún más de legua y media hasta Douarnenez; pero entonces el frío se volvió tal que fue preciso detenerse; Marie perdía el conocimiento.

—¡No puede seguir! —dijo Kernan—. Necesita algunas horas de reposo.

El conde se había sentado en el borde del camino y sostenía a su hija en brazos; intentaba en vano calentarla con sus besos.

—¡Qué hacer, qué hacer! —dijo entonces Kernan—. Pero no quiero pedir hospitalidad a gentes que nos traicionarían.

—¡Cómo! —exclamó el conde con tono desesperado—. ¿No hay en este país un alma bastante caritativa para recibirnos?

— ¡Ay, no! —respondió el caballero—. Dirigirse a los campesinos sería correr hacia una muerte segura. Los soldados Azules se comportan de manera horrible con quienes dan asilo a los proscritos; les cortan las orejas o los envían al cadalso ante la menor sospecha.

—El señor de Trégolan tiene razón —replicó Kernan—; sería arriesgar no ya nuestra vida, que poca importancia tiene, sino la de esta criatura.

—Kernan —dijo el conde—, solo sé una cosa: que mi hija no puede pasar la noche al raso. ¡Moriría de frío!

— ¡Pues bien! —respondió el caballero—; voy hasta las casas del pueblo, y veré si el terror no ha matado todo sentimiento de hospitalidad en los campesinos bretones.

— ¡Id, señor de Trégolan, id! —dijo el conde juntando las manos—. ¡Y salvad una vez más la vida a mi hija!

El caballero se lanzó hacia el pueblo; la noche había llegado; al cabo de un cuarto de hora de carrera, el joven llegó a las primeras casas; todas estaban cerradas y silenciosas; las puertas y ventanas parecían tapiadas con tanto esmero que ni la más tenue luz podía filtrarse al exterior.

—Aquí se esconden como en todas partes —se dijo el joven.

Llamó a varias puertas; llamó a voces; no recibió ninguna respuesta; sin embargo, reconoció por algunas columnas de humo que se escapaban en la sombra que aquellas casas debían de estar habitadas; volvió a golpear puertas y ventanas; gritó. Era una decisión tomada de no responder.

El caballero no se desanimó. El pensamiento de la joven moribunda estaba siempre ante sus ojos; fue pues a todas las casas, llamó de puerta en puerta. ¡En todas partes el mismo silencio! Comprendió que ninguno de los habitantes de aquel pueblo, acostumbrados sin duda a temer la visita de los Azules, le abriría la puerta. El terror volvía duros y crueles a quienes golpeaba.

Tras su vano intento, Henry de Trégolan no tenía más que reunirse con sus compañeros; volvió pues con aire desesperado. Encontró pronto al conde y a Marie en la misma posición en que los había dejado: el padre, sentado en el borde de una zanja, seguía intentando calentar a su hija entre sus brazos. Pero, pese a sus cuidados, la sentía helarse poco a poco. En el

mismo momento en que llegaba el joven, el conde, aterrado por la inmovilidad de Marie, la miró y la encontró sin conocimiento.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó.

—¡Pues bien! —respondió este—. ¡Ese pueblo es un cementerio!

—Entonces —dijo Kernan—, lancémonos al otro lado de la carretera, hacia el bosque de Nevet; pasaremos la noche tras algún tronco de roble, y haremos fuego con leña seca.

—No tenemos otro recurso —respondió el joven—. ¡En marcha!

Kernan comunicó su proyecto al conde, tomó de nuevo a la joven en brazos y, seguido de sus dos compañeros, cruzó la carretera de Audierne; pocos minutos después, entraba en el monte bajo; las ramas secas crujían bajo sus pies. Henry le precedía para abrirle camino.

Había que adentrarse en lo más profundo del bosque para escapar a toda mirada. Tras un largo cuarto de hora de marcha, Henry descubrió un grueso roble hueco que podía ofrecer abrigo a la joven; allí fue tendida con cuidado, y luego Kernan, haciendo saltar chispas de su pedernal, encendió pronto un fuego claro y crepitante.

A ese bienhechora calor, Marie no tardó en recobrar el conocimiento; su vuelta al sentido se marcó con un profundo terror; pero cuando se vio rodeada de todos los que amaba, sonrió débilmente y no tardó en dormirse.

Durante toda aquella noche, el conde, Kernan y el joven velaron junto a ella; estaba bien cubierta, bien abrigada, y su descanso fue tranquilo.

Kernan mantenía el fuego con ramas secas; sus compañeros, agazapados o tendidos, se calentaban como podían; en cuanto a dormir, no había que pensar en ello; ni el conde ni el caballero podían encontrar el sueño en tales circunstancias; conversaron una parte de la noche.

El caballero le refirió al conde de Chanteleine la historia de su familia, historia dolorosa también. Los Trégolan, originarios de Saint-Pol-de-Léon, habían perecido casi todos en los sangrientos combates que hicieron de la ciudad su teatro en marzo de 1793; el señor de Trégolan padre cayó ametrallado por los cañones del general Canclaux, cuando este intentó restablecer el puente cortado por los insurrectos de Kerguiduff, en la carretera de Lesneven; el joven había intentado en vano hacerse matar junto a su padre;

las balas republicanas no quisieron saber nada de él, y cuando regresó a Saint-Pol-de-Léon encontró su casa en llamas y a su hermana arrastrada a las prisiones de Quimper. Al pronunciar el nombre de su hermana, Henry no pudo contener las lágrimas, y el conde le estrechó entre sus brazos.

Luego, a su vez, le refirió sus propias desgracias, el saqueo de su castillo y la muerte de la condesa; sus historias se unían por el lazo común de la desgracia, y podían mezclar juntas las lágrimas que la República hacía derramar.

La noche transcurrió así. Kernan vigilaba con cuidado y batía a veces los matorrales vecinos. Pero por fortuna llegó el día, y los fugitivos pudieron abandonar su refugio.

Aquellas pocas horas de reposo y sueño habían reanimado a la joven; se sentía bastante fuerte para caminar; se apoyó en el brazo de su padre, y la marcha se reanudó a las ocho de la mañana.

A las nueve, Kernan, guiando a sus compañeros, dejó la carretera de Audierne en el pueblo de Plouaré; media hora después, la pequeña tropa llegaba a la entrada del burgo de Douarnenez, y el caballero los condujo directamente a la casa del viejo pescador.

IX. — DOUARNENEZ.

Douarnenez, en el año II de la República, contaba aún apenas una veintena de familias de pescadores; la reunión de aquellas casas, hechas de fragmentos de granito, ofrecía un pintoresco golpe de vista al que llegaba por mar.

El burgo, durante mucho tiempo oculto tras los sinuosidades de la costa, aparecía de repente, dominado por el solitario campanario de una iglesia situada en la cima de una colina.

El burgo, extendido al fondo mismo de la bahía, venía a bañar sus pies en las altas olas; los tejados de las casas estaban cubiertos de gruesas piedras para resistir los violentos vientos del noroeste.

La costa de Bretaña, desde Concarneau hasta Brest, está recortada por una serie de bahías de todos los tamaños.

Las más importantes son las de Douarnenez y Brest, que miden hasta veinticinco leguas de contorno; las bahías de Audierne, de los Trépassés, de Camaret, de Dinan no forman más que ensenadas, a decir verdad; entre todas, la bahía de Douarnenez es la más brava, y numerosos naufragios le han valido una siniestra reputación.

Su parte meridional está formada por una lengua de tierra casi rectilínea, una pirámide invertida de ocho leguas de longitud, que va a hundir en el Océano a la punta del Raz.

Su base tiene unas cuatro leguas de ancho en el meridiano de Douarnenez; allí se encuentran las parroquias de Poullan, Benzec, Cleden, Audierne, Pont-Croix, Plogoff y algunos pueblos dispersos.

La parte norte de la bahía está formada por una inmensa curvatura de la costa, que viene a terminar bruscamente en el cabo de la Cabra. Allí se encuentran las magníficas grutas de Morgat. Más arriba se divisan las montañas de Aray, difuminadas por la bruma.

La bahía, no suficientemente cerrada, queda expuesta a todos los temporales del mar abierto.

Así, el mar está allí siempre borrascoso; los pescadores, aventurados en su chalupa, se ven a menudo en apuros, y ante su pequeño puerto de refugio se quedan días enteros sin poder tomar tierra.

El burgo está situado en la desembocadura de un pequeño río que queda en seco con la bajamar. Es allí donde los barcos de pesca van a refugiarse en los tiempos de mal tiempo, pues el malecón que cubre actualmente el pequeño puerto no existía entonces, y las casas de la orilla eran batidas de costado por las olas.

El extremo del pequeño río, hacia el lado del burgo, se llama el Guet.

En esa misma punta se levantaba la casita del buen Locmaillé. Desde sus ventanas laterales podía divisarse toda la escotadura de la bahía, desde el cabo de la Cabra hasta Douarnenez. Aquella casita se distinguía poco de las rocas circundantes; no era bella, pero sólida y segura.

Se componía de una sala baja, con una amplia chimenea en torno a la cual se colgaban las redes mojadas y los aparejos de pesca, y de tres pequeños cuartos arriba, desde los que se divisaba la barca del pescador varada o flotante en el río, según los caprichos de la marea.

La habitaba el buen Locmaillé, de sesenta años, un servidor fiel de la familia, otro Kernan, menos la instrucción.

Allí fueron recibidos el conde de Chanteleine y su hija; el buen hombre les hizo comprender que estaban en su casa, y al entrar no pudieron reprimir un suspiro de satisfacción; aquella humilde cabaña les parecía un lugar de refugio, si no un lugar de asilo.

Aunque la morada era pequeña, Henry encontró manera de reservar una habitación para la joven, otra para el conde y aun una especie de pequeño gabinete para él; según la costumbre, aquellas habitaciones no comunicaban con la sala baja, y se llegaba a ellas por una escalera de piedra construida exteriormente.

La gran sala convenía perfectamente al buen Locmaillé y a Kernan, decidido a hacerse un pescador consumado mientras esperaba mejores tiempos.

La instalación no fue larga; un fuego de sarmientos crepitó pronto en la habitación de Marie, y media hora después de su llegada a Douarnenez, estaba verdaderamente en su casa. Por primera vez, el padre y la hija podían al fin encontrarse solos, y se retiraron. Se respetó su aislamiento.

Entre tanto, Kernan, ayudado de Locmaillé, preparó un desayuno frugal, a base de pescado fresco y algunos huevos; cuando el conde y su hija bajaron, los proscritos se instalaron en la sala baja; comieron en escudillas con cubertería de madera negra, sin mantel, sobre una mesa tosca, pero al menos a salvo en aquella casa de pescador.

— Amigos — dijo el caballero —, el Cielo nos ha protegido conduciéndonos hasta aquí, pero no quiere ayudarnos sino a condición de que nos

ayudemos a nosotros mismos; hablemos pues de nuestros proyectos futuros.

—Hijo mío —respondió el conde—, nos remitimos a vos; pongo mi vida y la de mi hija en vuestras manos.

—Señor conde —dijo el caballero—, creo que el tiempo de vuestras grandes dolores ha pasado, y tengo buenas esperanzas para el futuro.

—Yo también —dijo Kernan—; sois un joven digno, señor Henry, y entre los cinco, habrá que salir del paso; pero decidme, ¿no parecerá extraña nuestra llegada al país?

—¡No! Locmaillé ha dicho a quien quiso escucharle que esperaba a sus parientes en Douarnenez.

—Bien —respondió el bretón—; ¿pero no puede encontrarse singular ese aumento de familia?

—No; el señor conde de Chanteleine es mi tío, y la señorita Marie mi prima.

—Vuestra hermana, señor Henry —dijo la joven—. ¡Vuestra hermana! ¿No tengo yo que reemplazar junto a vos a esa noble muchacha que ya no está?

—¡Señorita! —exclamó Henry con el acento de la más viva emoción.

—¡Puede ser, puede ser! —respondió Kernan—; yo seré el primo del buen Locmaillé, si a él le parece bien.

—Muy honrado —dijo el viejo pescador.

—Pues bien, la familia estará completa, una familia de pescadores; no será la primera vez que nuestro señor y yo hagamos ese oficio; no éramos torpes en nuestra juventud, y espero que no habremos perdido mucho.

—¡Pues bien! —dijo el caballero—. Desde mañana correremos la bahía de Douarnenez. ¿Está la barca en condiciones, Locmaillé?

—Lista del todo —respondió el buen hombre.

—Amigos —dijo entonces el conde—, si debemos quedarnos en este país, si hay que afrontar aquí la tormenta revolucionaria, si no podemos alejarnos más de nuestros enemigos, apruebo sin reservas vuestros arreglos; ¿pero debemos renunciar a la esperanza de pasar al extranjero?

— Señor conde — respondió Henry —, si tal proyecto hubiera sido practicable, creed que ya os lo habría propuesto; pero yo mismo, desde hace mucho, he querido huir a Inglaterra sin encontrar el modo; lo único que puedo prometeros es que si se presenta la ocasión, no la dejaremos escapar, y quizás, a precio de oro, podamos crearla.

— Por desgracia, me quedan pocos recursos.

— Y yo no tengo para vivir más que mis brazos y mi barco.

— ¡Bien, bien! — dijo Kernan —. ¡Ya lo veremos más adelante! Pero de momento, nuestro señor, aunque fuerais diez veces más rico, y aunque tuviéramos una buena chalupa a nuestra disposición, no le aconsejaría a nadie embarcarse en ella. Estamos en los malos meses del invierno y el mar es terriblemente duro fuera de la bahía. Las tempestades nos rechazarían pronto hacia algún punto de la costa, donde podríamos encontrarnos en mala situación, y mi sobrina Marie no debe afrontar semejante peligro. En los días buenos, si Dios no ha tenido aún piedad de Francia, se verá lo que hay que hacer; pero ahora, no tenemos nada mejor que imaginar que pescar, ya que somos pescadores, y vivir tranquilos en este país.

— Bien dicho, Kernan — dijo el caballero.

— Bien dicho, mi buen Kernan — respondió el conde —; sepamos pues resignarnos, y sin pedir lo imposible, contentémonos con lo que el cielo nos da.

— Amigos — dijo entonces la joven —, si mi tío Kernan ha hablado, debemos escucharle, pues sabe dar buenos consejos; sabe bien que yo no habría retrocedido ante los peligros del mar; pero ya que una travesía le parece impracticable, debemos considerarnos llegados a puerto y esperar; no somos ricos, ¡pues bien, trabajaremos!, y por mi parte, quiero aportar mi modesta contribución a la comunidad.

— ¡Oh, señorita! — dijo vivamente el joven —. El nuestro es un oficio duro; no ha sido criada como las mujeres y las hijas de nuestros pescadores; no podemos exponeros a semejantes fatigas. Además, nosotros os ganaremos el pan de cada día.

— ¿Por qué, señor Henry — respondió la joven —, si puedo procurarme un trabajo que no supere la medida de mis fuerzas? Será un placer y un consuelo para mí. ¿No podré coser o planchar llegado el caso?

— ¡Cómo no! — exclamó Kernan —. Mi sobrina Marie trabaja como un hada, y la he visto bordar frontales de altar para la iglesia de La Palud, de los que santa Ana debía estar orgullosa.

— ¡Ay, tío Kernan! — respondió Marie con tristeza —. Ya no se trata ahora de frontales de altar ni de ornamentos de iglesia. ¡Pero hay otros trabajos más humildes, más lucrativos!

— A fe mía, veo pocos — dijo Henry, que no quería que la joven se ocupara de un trabajo manual —; os aseguro que no encontraréis nada que hacer en el país.

— A no ser que coser camisas bastas para los pescadores, o para los Azules de Quimper — dijo Locmaillé.

— ¡Oh!

— Lo acepto de buena gana — exclamó Marie.

— ¡Señorita! — dijo el caballero.

— ¿Y por qué no? — dijo Kernan —. Os aseguro que mi sobrina saldrá adelante a las mil maravillas.

— Sí — dijo el buen hombre —, ¡pero a cinco céntimos la pieza!

— Cinco céntimos la pieza está muy bien — exclamó Kernan —; así pues, ¡mi sobrina Marie, serás costurera!

— Era el oficio de las señoritas de Sapinaud y de La Lézardière después de su huida de Le Mans — respondió la joven —; y bien puedo hacer lo mismo que ellas.

— Convenido. Locmaillé te buscará trabajo.

— De acuerdo.

— Y ahora, Marie, ahora, nuestro señor, descansad el resto del día; yo voy a ir a ver la chalupa con el señor Henry, y mañana nos haremos a la mar.

Dicho esto, Henry y Kernan salieron; Locmaillé fue a recorrer el pueblo, y la joven, que se quedó con su padre, se puso a arreglar la pequeña casa.

El caballero y Kernan, llegados a la punta del Guet, encontraron la embarcación en perfecto estado; llevaba dos altas velas rojas, y estaba hecha

para aguantar el mar en los tiempos borrascosos.

Allí, unos pescadores que reparaban sus redes se acercaron a charlar «por charlar», y Kernan respondió a sus preguntas como un marino hecho y derecho; dio su opinión sobre una pequeña nube negra que no auguraba nada bueno, e hizo sin embargo preparativos de partida como el que entendía en ello. Al día siguiente, en efecto, se hizo a la mar en compañía del caballero, por quien sentía una gran amistad.

Era, en efecto, un corazón bueno y excelente el de aquel joven; había afrontado con valor la terrible situación que la Revolución imponía a las personas de su cuna y su edad; aunque apenas contaba veinticinco años, los acontecimientos habían madurado singularmente su espíritu en aquella atmósfera que abrasaba Francia. Después de haberlo perdido todo, sin familia, solo, parecía natural que Henry de Trégolan depositase cuanto le quedaba de afecto y entrega en el conde y en su hija. Kernan lo sentía bien y entreveía ya, para el futuro, ciertos arreglos que no le desagradaban; al contrario.

Por el aplomo sobrehumano que el joven Trégolan había demostrado al salvar a la señorita de Chanteleine, y por el valor que desplegaba en su oficio de pescador, Kernan reconoció en él un carácter hábil, sensato y resuelto. Era un hombre en toda la acepción de la palabra, es decir, un apoyo seguro que no había que desdeñar en aquella época de trastorno social.

Cuando Kernan quería a alguien, le quería bien, y lo decía; varias veces, formuló ante el conde su opinión bien arraigada sobre Henry, y apenas esperaba a que Marie no estuviera presente para decirla.

Pocos días después de su llegada a Douarnenez, el conde quiso ayudar él mismo a sus compañeros en su penoso trabajo; se embarcó con ellos; seguía muy triste, pero los incidentes de la pesca traían una feliz distracción a sus ideas. Algunas jornadas eran buenas, pero cinco días de cada ocho el mal tiempo impedía que los barcos salieran.

El pescado se vendía en el mismo lugar a unos expedidores que lo enviaban a Quimper o a Brest; también se consumía en la casa. En suma, lo que producía la pesca y los pocos céntimos ganados por la joven en sus labores de costura bastaban para hacer vivir a aquel pequeño mundo, que se encontraba casi feliz en su desamparo.

Kernan no quería que se tocara el dinero del conde; las circunstancias podían volverse graves, y era preciso guardarlo cuidadosamente, por si fuera necesario o posible abandonar el país.

En cuanto a él, si alguna vez se viera obligado a huir de Bretaña, lo haría, no abandonaría a su señor; pero sin duda volvería a cumplir cierta venganza que le tenía en vilo. Solo que nunca hablaba de ello, y no hacía ninguna alusión a Karval.

Durante la pesca, siempre se las arreglaban para que la joven no estuviera nunca sola, y ya fuera su padre, ya el buen Locmaillé, siempre había alguien junto a ella.

Por lo demás, la llegada de los recién venidos al país no había sorprendido a nadie; nadie se inquietaba por su presencia; se les aceptaba como parientes del buen Locmaillé, y como eran muy serviciales, acabaron por ganarse el afecto de todos. Por otra parte, tenían pocas comunicaciones con el exterior, y los rumores de la revolución venían a apagarse en el umbral de su cabaña.

El 1.º de enero de 1794, Henry fue a buscar a la joven en presencia de su padre y de Kernan, y le ofreció un pequeño anillo como regalo de Año Nuevo.

—Aceptad, señorita —le dijo con voz emocionada—: este anillo perteneció a mi hermana.

—¡Ah, señor Henry! —murmuró Marie.

Se detuvo, miró a su padre y a Kernan, se arrojó en sus brazos bañándolos en lágrimas; luego volvió hacia el caballero.

—Henry —dijo ofreciéndole tímidamente la mejilla—, no tengo otro regalo que haceros.

El joven rozó con sus labios la fresca mejilla de la joven, y sintió su corazón latir a punto de romperse en el pecho.

Kernan sonreía, y el conde mezclaba involuntariamente en su pensamiento los nombres de Henry de Trégolan y Marie de Chanteleine.

X. — LA ISLA TRISTÁN.

El mes de enero transcurrió apaciblemente, y los huéspedes de Locmaillé fueron recuperando poco a poco la confianza. Trégolan se sentía cada día más vivamente atraído hacia la joven; pero, siendo Marie su deudora, ponía en disimular su amor todo el esmero que otro menos delicado habría puesto en exhibirlo; nadie lo sospechaba, pues, a no ser quizás Kernan, que tenía buenos ojos y se decía:

—Esto se hará, y nada más feliz podrá hacerse.

El pueblo de Douarnenez estaba tranquilo, y esa calma solo fue turbada una vez, en las circunstancias siguientes.

Al otro lado del río, frente a la casa de Locmaillé, a apenas un cuarto de legua, había una isla muy cercana a la costa, formada únicamente por un gran peñasco sin cultivar; un fuego encendido en su cima señalaba de noche la entrada del puerto. La llamaban la isla Tristán, y justificaba bien su nombre; Kernan había advertido que los pescadores parecían tenerle horror; la evitaban cuidadosamente; varios de ellos sacudían incluso el puño al pasar ante ella; otros se santiguaban, y sus mujeres amenazaban a los niños traviesos con «la isla maldita».

Hubiera dicho que encerraba una leprosería o un lazareto. Era un verdadero lugar de proscripción que infundía miedo.

Los pescadores decían a veces:

—El viento sopla de la isla Tristán; el mar estará bravo, y más de uno se quedará allí.

Aquel temor no estaba evidentemente justificado; sin embargo, aquel lugar pasaba por peligroso y funesto. Y sin embargo estaba habitado, pues de vez en cuando se divisaba, errando sobre los peñascos, a un hombre vestido de negro al que la gente de Douarnenez señalaba con el dedo gritando:

— ¡Ahí está! ¡Ahí está!

A menudo incluso, a esos gritos se unían amenazas.

— ¡Muerte, muerte! —repetían los pescadores con cólera.

Entonces el hombre vestido de negro se refugiaba en una cabaña destartada situada en la cima del islote.

Aquel incidente se repitió varias veces; Kernan se lo hizo notar al conde, e interrogaron a Locmaillé al respecto.

— ¡Ah! —dijo este—. ¿Le habéis visto, pues?

— ¡Sí! —respondió el conde—. ¿Podéis decirme, amigo mío, quién es ese desgraciado que parece rechazado por la sociedad de los hombres?

— ¡Ese es el maldito! —replicó el pescador con aire amenazador.

— ¿Pero qué maldito? —preguntó Kernan.

— Yvenat, el juramentado.

— ¿Qué Yvenat? ¿Qué juramentado?

— Más vale no hablar de ello —replicó el buen hombre.

No había nada que sacar del viejo terco; pero una tarde, en los primeros días de febrero, la cuestión fue retomada a raíz de una reflexión del propio Locmaillé. Toda la pequeña familia estaba reunida ante el vasto fuego de la sala baja. El tiempo era malo; la lluvia y el viento silbaban afuera; se oía gemir penosamente la madera de la puerta y las contraventanas; se producían también, en el ancho cañón de la chimenea, grandes remolinos de aire que abatían la llama y el humo dentro de la habitación.

Cada uno estaba sumido en sus pensamientos; escuchaban rugir la tempestad, cuando el buen hombre dijo, como si hablara para sí:

— ¡Buen tiempo y buena noche para el juramentado! ¡No se podía elegir una más hermosa!

— ¡Ah, hablas de ese Yvenat! —dijo Henry.

— ¡Del maldito! ¡Sí! Pero pronto, si se sigue hablando de él, ya no se le verá, al menos!

— ¿Qué quieres decir?

—Me entiendo.

Y el buen hombre volvió a sumirse en sus reflexiones, prestando oído a algún rumor esperado.

—Henry —dijo entonces el conde—, parecéis conocer la historia de ese desgraciado; ¿podrías decirnos quién es ese Yvenat, y cuál es ese maldito?

—Sí, señor Henry —dijo la joven—; he oído hablar de él, incluso he visto a un infeliz en la isla Tristán, pero no he podido averiguar más.

—Señorita —respondió Trégolan—, ese Yvenat es un cura constitucional, un juramentado, un juroux como dicen ellos, y desde que el municipio de Quimper vino a instalarlo en su parroquia, no ha tenido más recurso que refugiarse en esa isla para escapar a la furia de sus feligreses.

—¡Ah! —exclamó el conde—. ¡Es un juramentado, uno de esos curas que han adherido a la constitución civil del clero!

—Como decís, señor conde —respondió Trégolan—; así que, en cuanto la fuerza armada que lo había instalado se fue, ya veis en qué ha quedado ese desgraciado. Tuvo que escapar en una barca y refugiarse en la cima de esa isla, donde vive de algunos mariscos.

—¿Y por qué no huye? —preguntó Kernan.

—No se deja acercar ninguna chalupa a la isla, y ese infeliz acabará por perecer.

—No tardará —murmuró Locmaillé.

—¡El desgraciado! —dijo el conde dando un profundo suspiro—. ¡Pues bien, lo que ha ganado adhiriéndose a la constitución civil! No comprendió el sublime papel del sacerdote durante esas épocas de trastorno y de terror.

—Sí —dijo Trégolan—, ¡es una noble misión!

—Ciertamente —repuso el conde con entusiasmo—. ¡Más bella incluso que la del vendeano y del bretón que corrieron a las armas en defensa de la santa causa! He visto de cerca a esos ministros del cielo; los he visto bendiciendo y absolviendo a un ejército entero arrodillado antes de la batalla; los he visto celebrando la misa en un montículo aislado con una cruz de madera, vasos de barro y ornamentos de lienzo; los he visto luego lanzarse a la refriega con el crucifijo en la mano, socorriendo, consolando, ab-

solviendo a los heridos incluso bajo el fuego de los cañones republicanos, y allí me parecieron más envidiables que antaño en la pompa de las ceremonias religiosas.

Al hablar así, el conde parecía animado del fuego sagrado de los mártires; su mirada brillaba con un ardor del todo católico; se sentía en él una convicción inquebrantable que lo habría hecho un decidido confesor de la fe.

—En fin —añadió—, durante esos terribles tiempos de prueba, si no hubiera sido esposo ni padre... ¡habría querido ser sacerdote!

Todos miraron el semblante del conde. Resplandecía.

En ese momento, un sordo rumor se hizo oír en medio de los silbidos de la tempestad; amenazas humanas se mezclaban con la amenaza de los elementos. Era aún un ruido indeciso; pero sin duda Locmaillé sabía a qué atenerse, pues se levantó diciendo:

—¡Bien! ¡Ya están, ya están!

—¿Qué ocurre? —preguntó Kernan.

Fue hacia la puerta; esta, apenas entreabierta, fue empujada con tal violencia por el viento, que el robusto bretón necesitó toda su fuerza para cerrarla.

Pero en el breve instante en que había mirado afuera, había visto en la línea de la orilla antorchas encendidas que se agitaban en las ráfagas; gritos terribles resonaban en los breves apaciguamientos de la tempestad. Escenas siniestras se preparaban para esa noche.

Antes, antes de la Revolución, los sacerdotes eran muy venerados en toda Bretaña; no habían participado en los excesos ni en los abusos de poder que caracterizaron al clero de las provincias más avanzadas. En ese rincón de Francia eran buenos, humildes, serviciales, y hechos, por así decirlo, de lo mejor de la población. Los había en gran número, y nadie pensaba en quejarse de ello; llegaba a haber hasta cinco sacerdotes por parroquia, y a veces incluso doce; en suma, más de mil quinientos religiosos en el solo departamento del Finisterre. Los curas, o, para llamarlos como en Bretaña, los rectores, gozaban de un poder considerable, pero respetado. Nombraban a sus coadjutores, registraban los actos del estado civil, los contratos, los testa-

mentos; eran casi todos inamovibles y tenían bajo sus órdenes a numerosos jóvenes clérigos, que vivían con los campesinos, les instruían en sus deberes religiosos y les enseñaban cánticos.

Cuando llegó el juramento, cuando se decretó la constitución civil del clero y todos los sacerdotes de Francia tuvieron que adherirse a ella, el clero francés se dividió en juramentados e insermentados. Estos últimos fueron los más numerosos; se negaron a jurar, y tuvieron que optar entre la prisión o el exilio; se fijó una suma de treinta y dos libras a quien entregara a los recalcitrantes al distrito, y finalmente una ley del 26 de agosto de 1792 decretó su deportación en masa.

Durante bastante tiempo, los sacerdotes refractarios pudieron sustraerse a las denuncias y a las persecuciones de sus enemigos; pero el odio no se cansó; pronto fueron todos apresados, deportados o masacrados, y departamentos enteros se vieron privados de sus viejos amigos.

Eso fue lo que ocurrió en el Finisterre, donde el clero fue muy activamente perseguido; los sacerdotes desaparecieron pronto, y los auxilios de la religión faltaron por completo.

Entonces los municipios introdujeron a los curas constitucionales; los feligreses se negaron a recibirlos. Hubo lucha y batalla en más de un lugar; los campesinos expulsaron a los juramentados; varias tomas de posesión de parroquias fueron ensangrentadas.

En Douarnenez, el 23 de diciembre de 1792, los guardias nacionales de Quimper vinieron a instalar al cura Yvenat; no era un hombre malo, ni mucho menos; antes de este desgraciado asunto del juramento, había cumplido siempre dignamente su sacerdocio; era ciertamente un hombre de bien, cuya conciencia no le impedía adherirse a una constitución que Luis XVI había firmado, después de todo, y aunque juramentado, habría cumplido dignamente su ministerio.

Pero era un juramentado; los campesinos no lo quisieron; no razonaban al respecto; era una cuestión de sentimiento; así que, desde el principio, empezaron los sinsabores para el cura Yvenat; no encontró a nadie que le sirviese en el presbiterio; se cortaron las cuerdas de sus campanas; no podía hacer tañer los oficios; ningún niño quiso responder a la misa, ningún padre lo habría permitido; preferían prescindir de ella; finalmente, le faltaba el

vino para el santo sacrificio; ningún tabernero se habría atrevido a venderse-lo. Por más que Yvenat lo intentó, por más que tuvo paciencia, no obtuvo nada; no se le hablaba, y luego, cuando se le habló, fue para insultarle; de los insultos a los malos tratos no había más que un paso, y fue franqueado; luego se mezcló la superstición; se vio en ese juramentado al genio maligno, al maldito, se le acusó de las tempestades; se puso a su cuenta las barcas volcadas; se amotinó la gente, y finalmente la cólera pública tomó tales proporciones, que el sacerdote tuvo que abandonar el presbiterio; se refugió en la isla Tristán, donde los pescadores le dejaron morir de hambre; llevaba más de un mes habitando aquel peñasco aislado, viviendo de malas legumbres, pescando cuando hacía falta; la caridad no parecía hecha para él.

Pero la paciencia de los campesinos debía de tener un límite, y su cólera volvió con las calamidades que cada día se abatían sobre ellos. Los bretones escapados de las balas republicanas durante la guerra de la Vendée volvían a sus hogares, agotados, heridos, arrastrándose; la miseria crecía; el hambre amenazaba al país. Tantos males no podían imputarse más que al maldito en una tierra supersticiosa. Después de haber dejado a ese infeliz vegetar en un peñasco desnudo, el odio se volvió hacia él; hasta dónde llegaría, era imposible preverlo de parte de aquellos rudos campesinos. Por fin llegó el día de la explosión, anunciado por esos gritos que Kernan acababa de oír.

Henry de Trégolan había referido a sus compañeros todos los detalles de la vida de Yvenat. Y cuando Kernan le contó lo que había visto por la puerta entreabierta, comprendió que aquellas amenazas se dirigían al juramentado, y que se atentaba contra su vida.

No entraba en el pensamiento de gentes valerosas como el conde y sus amigos que un hombre solo, cualesquiera que fueran sus faltas, pudiera ser abandonado a los furores de toda una población amotinada, y de común acuerdo se levantaron.

— ¡Padre! — exclamó Marie — . ¿Adónde vais?

— ¡A impedir un crimen! — respondió el conde.

— Quedaos, nuestro señor — dijo Kernan — ; el señor de Trégolan y yo estamos aquí; mi sobrina Marie no puede quedarse sola. ¡Venid, señor Henry, venid!

—Os sigo —respondió el joven, que estrechó precipitadamente la mano del conde; luego Kernan y él se lanzaron afuera, mientras el buen Locmaillé sacudía la cabeza con aire de desaprobación.

Henry y Kernan se precipitaron hacia la playa, por el lado de donde llegaban más distintos los gritos. Allí la gente de Douarnenez, mezclada con la de Pont-Croix, Poullan y Crozon, marchaba en plena tempestad, acompañada de mujeres y niños, agitando sus antorchas de resina encendida; cruzaron en barca el río del Guet, y tomando por la costa opuesta, llegaron ante la isla Tristán.

El bretón y el joven habían maniobrado tan bien, que se encontraron en primera fila de la muchedumbre. Pensar en detenerla habría sido una locura; más valía intentar arrebatarle a su víctima.

En ese momento, los más enfurecidos de los pescadores se lanzaron en unas veinte barcas y remaron hacia la isla.

La muchedumbre, que se había quedado en la playa, aullaba, y se oían esos gritos de odio:

—¡Muerte, muerte al juramentado!

—¡Rompele la cabeza de un golpe de pen-bas!

—¡Un buen golpe de ferte al maldito!

El desgraciado sacerdote, despertado por esas voces, había salido de su cabaña; se le veía correr por aquella isla sin salida, espantado, aterrado; se sentía entregado a una muerte horrible; iba y venía, con el pelo erizado, vestido con una mala sotana toda desgarrada en las aristas agudas de los peñascos.

Pronto los asaltantes tocaron la isla y se dirigieron hacia el maldito; corrían agitando sus antorchas. Kernan, como si hubiera sido el más ardiente a la venganza, los precedía a todos.

Yvenat, desesperado, había huido hacia el mar; pero al fin, acorralado contra un peñasco, no tenía ya modo de escapar, había que perecer; los gritos resonaban a su alrededor, y todas las angustias del último momento se pintaban en su semblante lívido.

Dos o tres pescadores, el bastón levantado, se precipitaron hacia él; pero, más rápido, Kernan lo aferró por la cintura, lo levantó, y con él se lanzó a las olas negras y espumantes.

— ¡Kernan! — exclamó el caballero.

— ¡Muerte, muerte! — gritaron los asaltantes, inclinándose sobre el abismo—. ¡Ahógallo como a un perro!

Sin embargo, Kernan, invisible en la sombra, subió a la superficie del agua con Yvenat, que no sabía nadar; lo sostuvo, y cuando el sacerdote recobró el conocimiento:

— Aferraos bien — le dijo.

— ¡Gracia! — exclamó el infeliz.

— ¡Os salvo!

— ¿Vos?

— Sí; ganemos un punto de la costa. ¡No tengáis miedo! Apoyaos en mí.

El sacerdote, sin darse cuenta de ese socorro inesperado, solo comprendió una cosa: que su vida podía ser salvada. Se aferró al vigoroso bretón, que nadaba con brazo robusto mientras los gritos de muerte retumbaban en las tinieblas.

Al cabo de media hora, Kernan y el sacerdote tomaron tierra en la costa, muy por debajo de la isla. El sacerdote estaba agotado.

— ¿Podéis caminar? — le preguntó el bretón.

— ¡Sí, sí! — exclamó Yvenat haciendo un esfuerzo supremo.

— ¡Pues bien, tomad por los campos, evitad las casas, tenéis la noche por delante! Que el amanecer os encuentre camino de Brest o de Quimper.

— ¿Pero quién sois vos? — preguntó el sacerdote con vivo acento de gratitud.

— Un enemigo — respondió Kernan—. ¡Id! Que el cielo os guíe, si aún tiene piedad de vos.

Yvenat quiso estrechar la mano de su salvador; pero este ya se había alejado; el sacerdote entonces, arrastrándose hacia las llanuras incultas, desa-

pareció en la noche.

Kernan había tomado el camino de la costa; volvió hacia la muchedumbre de los pescadores.

—¡El maldito, el maldito! —le gritaron cien voces llenas de odio.

—¡Muerto! —respondió el bretón.

Un inmenso silencio sucedió a esa respuesta, y sin embargo nadie oyó a Kernan murmurar al oído del joven:

—¡Está salvado, señor Henry! ¡He aquí una buena acción de la que haré penitencia!

XI. — ALGUNOS DÍAS DE FELICIDAD.

Después de aquella terrible velada, en que la cólera de toda una población se desencadenó contra un solo hombre, el pueblo de Douarnenez recobró su calma habitual, y hay que decirlo, los pescadores volvieron a sus faenas habituales con mayor confianza; desde la muerte del maldito, no creían tener que temer las represalias de los republicanos, que no sabían nada del asunto. No era así para el conde y sus amigos; debían temer que el primer acto de la libertad de Yvenat fuera una denuncia en regla contra los habitantes de Douarnenez. Podía esperarse, pues, de un día a otro, la visita de los guardias nacionales del departamento y de los desenfrenados de las ciudades.

De ahí un peligro serio para el conde y para su hija.

Pasaron algunos días en las más vivas inquietudes; Kernan hizo incluso sus preparativos para el caso en que una partida repentina se volviera nece-

saría. Pero al fin, una semana después de los sucesos, sin que nada legitimara el temor de una invasión de los republicanos, el conde empezó a tranquilizarse.

O Yvenat no había podido llegar a las ciudades y había vuelto a caer en manos de sus feligreses, o, no queriendo vengarse de sus enemigos, había optado por volver a la sombra.

Existía también una tercera hipótesis: que los municipios de las ciudades, los delegados del Comité de salud pública, demasiado ocupados con la guerra vendean que había que terminar y con la chouannería que tomaba cuerpo, no tuvieran tiempo que consagrar a la venganza del cura Yvenat.

Sea como fuere, el país permaneció tranquilo; el conde fue recobrando poco a poco la confianza y volvió a sus preocupaciones habituales. Mirándole, se veía cuánto el infortunio le había envejecido rápidamente; Kernan se asustaba a veces; le parecía además que su señor estaba dominado por una gran idea cuyo secreto no conocía. Verdadera pena para el fiel bretón, habituado a compartir todos los pensamientos del conde; pero respetaba el silencio en que este se encerraba.

Marie también había advertido cuánto su padre se replegaba cada vez más en sí mismo. Cada vez que entraba en su habitación, le veía la mayor parte de las veces arrodillado y rezando con extrema fervor. Volvía entonces toda emocionada y se sentía presa de una indefinible inquietud que no quiso ocultar a Kernan. Este la tranquilizaba lo mejor que podía, sin estar tranquilo él mismo.

Sin embargo, los días se sucedían con su serie de incidentes poco variados. La pesca iba como podía, y los huéspedes de Locmaillé se veían reducidos a consumir sus productos con más frecuencia que a venderlos. El invierno había sido muy riguroso; Marie trabajaba en sus camisas gruesas, y sus débiles dedos salían con honra de esa ingrata tarea; a menudo incluso, Trégolan la ayudaba en la parte de los dobladillos grandes que ella no tenía fuerzas para coser, y cuando no hacía el oficio de pescador, sentado a su lado, hacía valientemente el de costurero. Por lo demás, en aquella época, más de un noble emigrado tuvo que pedir así la subsistencia al trabajo de sus manos; no era rebajarse, al contrario. Henry cometía a menudo muchas torpezas y torpezas de las que sonreía la joven; sin embargo, ayudada o no, apenas ganaba más de cinco o seis céntimos al día.

Durante esas pocas horas de trabajo, Henry había contado toda su vida, y toda la historia de esa pobre hermana que tanto amaba. Marie encontraba en su corazón dulces consuelos para el joven.

— Señor Henry —le decía—, ¿no puedo ser vuestra hermana? ¿No debo reemplazar junto a vos a esa santa mártir cuya muerte me ha salvado?

— ¡Sí! —respondía el caballero—. ¡Sois mi hermana; sois tan bella y buena como ella! ¡Tenéis su corazón y sus ojos; es su alma entera la que reencuentro en vos! ¡Sí, sois mi hermana, y mi hermana bien amada!

Entonces se interrumpía, y a menudo huía para no decir más; pues sentía un sentimiento diferente, más fuerte que el del amor fraternal, invadiéndole por entero.

La joven, aunque no se diera cuenta del estado de su alma, sentía también que una emoción desconocida se deslizaba en su corazón; pero tomaba esa emoción por la gratitud llevada al extremo hacia su salvador.

Sin embargo, el secreto de tales sentimientos no puede permanecer eternamente en las almas generosas sin irrumpir al exterior; quien ama de verdad se ve a menudo desbordado por su amor; necesita hablar, y como Henry se habría guardado muy bien de declarar sus verdaderos sentimientos a la joven, buscaba en Kernan el confidente obligado.

El bretón lo había visto todo, pero dejaba que la cosa viniera sola.

Henry conversó al principio de manera muy evasiva.

— Si le ocurriera algo al conde —le dijo un día—, ¿qué sería de ella? ¿No sería una situación funesta la de esa huérfana? ¿Cómo podría esa pobre proscrita escapar a sus enemigos?

— Yo estaría aquí —respondió Kernan sonriendo.

— Sin duda —repuso Henry—, sin duda; pero, mi buen Kernan, ¿quién sabe adónde os arrastrará el destino? ¿No puede el conde reclamaros bajo las banderas del ejército católico? Pues bien, en ese caso, ¿quién protegería a Marie?

Kernan podría haber respondido fácilmente que ni el conde ni el servidor abandonarían juntos a la señorita de Chanteleine, pero fingió aceptar el argumento del caballero como irrefutable.

— ¡Sí! —dijo—. ¿Quién la protegería entonces? ¡Ah, señor Henry, le haría falta un corazón valiente para amarla, y el brazo de un marido para defenderla! Pero ¿quién se atrevería a hacerse cargo de esa joven proscrita y sin fortuna?

— No haría falta ser muy audaz para hacerlo —respondió Henry con vivacidad—, conociéndola como podemos conocerla. Marie ha pasado por terribles pruebas, y será una mujer digna, la mujer que hace falta a un hombre honrado para atravesar las épocas revolucionarias.

— Tenéis razón, señor Henry —repuso Kernan—; si se la conociera, pero no se la conoce, y no hay muchas probabilidades de que en este pueblo de Douarnenez encontremos nunca el marido que conviene a mi sobrina.

Al hablar así, el bretón quería obligar al joven a abrirse con más claridad; pero esa respuesta produjo un efecto del todo opuesto. El caballero creyó ver en esas palabras una desaprobación completa. Y ese día no dijo más, lo que contrarió mucho a Kernan.

El mes de febrero pasó. Durante la semana, cada uno trabajaba lo mejor que podía; el domingo, el conde leía el oficio divino en la sala baja, y aquellas piadosas gentes lo hacían con un fervor verdaderamente católico; imploraban al cielo por sus mártires, y, como verdaderos cristianos, rezaban también por sus enemigos, excepto Kernan. El bretón era la única excepción; no era cristiano hasta el olvido de los agravios, y cada noche su oración iba seguida de un juramento de venganza.

Luego, cuando el tiempo era bueno, Kernan proponía un paseo por la costa. El más a menudo el conde se quedaba en casa. Entonces Henry, Kernan y Marie se iban por los peñascos; escalaban la colina sobre la que se asienta el pueblo de Douarnenez; remontaban la carretera principal hacia la iglesia que domina la bahía, y desde allí sus miradas se perdían sobre aquel trozo de mar ampliamente abierto al horizonte, que tiene sus tempestades y sus naufragios como el Océano. ¡Qué magnífico espectáculo el de aquella bahía agitada y furiosa! Se divisaba alguna barca rezagada que, con la vela en el último rizo, luchaba con las olas, desaparecía a veces, y se veía a menudo arrastrada lejos del puerto; desde allí, el ojo seguía hasta la punta del Raz aquel largo promontorio que se hundía en el mar.

Henry, muy al corriente de los parajes del país, hacía admirar a su compañera aquellos bellos puntos de vista; la instruía; le nombraba todos los campanarios, los de Poullan, Beuzec, Pont-Croix, Plogoff, que señalaban entonces tantas parroquias desiertas.

Luego los paseos se prolongaban hasta las inmediaciones de Santa Ana de la Palud; se rodeaba la bahía; se divisaba a lo lejos la cadena de los montes de Aray, hundidos en sí mismos como montañas cansadas que se hubieran tendido en la llanura.

Otro día, los paseantes hacían valientemente sus cuatro leguas de camino e iban a escuchar al Océano rugir en la punta del Raz. Allí el resaca producía efectos maravillosos y terribles sobre los peñascos de aquella pequeña bahía de nombre siniestro, llamada la bahía de los Trépassés. Aquel espectáculo de las olas encrespadas impresionaba vivamente a la joven; se pegaba al brazo del caballero cuando las alfombras de espuma levantadas por el viento volvían a caer en ruidosas cataratas.

También había ciertas viejas leyendas que Henry contaba, y cuya más célebre es la de la hija del rey Canut, que entregó al diablo las llaves de un pozo inmenso y sin fondo. Era en los tiempos en que inmensas llanuras se extendían en lugar de la bahía; pero las puertas del pozo, abiertas imprudentemente, dejaron irrupir las aguas, que ahogaron las ciudades, los habitantes, los rebaños, todo aquel país entonces tan fértil, y formaron ese brazo de mar que desde entonces se llama la bahía de Douarnenez.

—Un tiempo singular aquel en que se creía en semejantes cosas —decía Henry.

—¿Acaso valía menos que nuestro siglo de desgracias? —respondía Kernan.

—No, Kernan —retomaba el joven—, pues las épocas de ignorancia y superstición son siempre detestables; de ellas no puede salir nada bueno; en cambio, cuando Dios tenga piedad de Francia, ¿quién sabe si de estos espantosos excesos la humanidad no habrá sacado algún provecho que no podemos prever? Los caminos del cielo son impenetrables, y en el mal se encuentra siempre el germen del bien.

Luego, conversando así, haciéndose un fondo de esperanza para el porvenir, se volvía tranquilamente a casa, y de aquellas largas caminatas se

traía buen apetito. Eran en verdad días felices para aquel pequeño mundo, y de no ser por la profunda preocupación del conde, aquellos pobres proscritos no habrían pedido más que la continuación de esa dicha.

Sin embargo, Henry no había renovado su tentativa con Kernan, aunque hubiera sorprendido a menudo al bretón mirando a la joven y a él con una sonrisa maliciosa.

Pero Marie, que no llevaba segunda intención, ingenua y sencilla, no se cohibía para hablar a su tío del caballero de Trégolan; lo hacía incluso sin saberlo con un verdadero entusiasmo.

— ¡Un excelente corazón! — decía —. ¡Un verdadero corazón de hidalgo, tal que no podría desear otro hermano que él!

Kernan la dejaba hablar.

— A veces incluso — continuaba Marie —, me pregunto si no estamos abusando de su generosidad, pues trabaja para nosotros, ese pobre señor Henry, se da mucho trabajo, ¡y nunca podremos pagarle sus penas!

Kernan no replicaba.

— Añade — continuaba la joven, que sin duda imaginaba que el bretón respondía afirmativamente a todas sus preguntas —, añade que él no está proscrito, que tiene protectores, puesto que pudo obtener en París el indulto de su hermana. ¡Y sin embargo, se queda en este país, en esta cabaña; se condena a un duro oficio, arriesga en él su vida; y eso, ¿por quién? ¡Por nosotros! ¡Oh, habrá que esperar que el cielo le recompense un día, pues nosotros seremos impotentes para hacerlo!

Kernan callaba siempre, pero sonreía pensando que la recompensa no estaba lejos.

— En fin — dijo Marie —, ¿no encuentras que es un joven digno?

— Ciertamente — respondió Kernan —. Tu padre no querría otro por hijo, y yo, sobrina Marie, no querría otro por sobrino.

Fue la única alusión que se permitió el bretón, pero no supo si fue comprendida. Sin embargo, es probable que al charlar con el caballero, Marie le transmitiese la opinión de Kernan sobre él. En efecto, pocos días después,

estando Henry de pesca con Kernan, le hizo las más completas confesiones, ruborizándose y dejando escapar sus redes.

— Hay que hablárselo al padre — se contentó con responder el bretón.

— ¡Ahora mismo! — exclamó el caballero, asustado ante tanta prisa.

— Al volver.

— Pero... — dijo el joven.

— Poned la barra a barlovento, u vamos a ralinear.

Y eso fue todo. Henry corrigió el rumbo, pero lo llevaba tan mal, que Kernan tuvo que ocupar su puesto al timón.

Esto ocurrió el 20 de marzo; durante los días anteriores el conde había parecido más preocupado que de costumbre; varias veces había tomado a su hija entre sus brazos y la había estrechado contra su corazón sin pronunciar una palabra. Cuando Kernan regresó tras la pesca — una pesca de enamorado, por decirlo todo, que resultó bastante mala —, se dirigió primero a Marie.

— ¿Dónde está tu padre? — le preguntó.

— Mi padre ha salido — respondió la joven.

— ¡Vaya, eso es singular! — dijo Kernan—. No es muy propio de sus hábitos.

— ¿No os dijo nada, señorita? — preguntó Henry.

— ¡No! Le propuse acompañarle; pero él, por toda respuesta, me besó muy afectuosamente, y se fue.

— Pues bien, esperemos su regreso, señor Henry — dijo Kernan.

— ¿Teníais que hablarle? — preguntó la joven.

— Sí, señorita — balbució Henry.

— Sí — respondió Kernan—; una tontería, una nimiedad; esperemos.

Esperaron; llegó la hora de la cena sin que el conde hubiera vuelto. Se tuvo paciencia, pero pronto empezó a cundir la inquietud. El buen Locmaille había visto al conde tomar la dirección de la carretera de Châteaulin; caminaba deprisa, con un bastón en la mano, como alguien que viaja.

—¿Qué significa esto? —exclamó Marie.

—¿Cómo, habría partido sin avisarnos?

Henry se precipitó por la escalera y subió a la habitación del conde; bajó pronto, sosteniendo en la mano una carta, que entregó a Marie; solo contenía estas palabras:

«Hija mía, parto por algunos días. ¡Que Kernan vele por ti! Reza por tu padre.

«Conde de Chanteleine.»

XII. — LA PARTIDA.

¡Se comprende el efecto que produjo la lectura de esas pocas palabras en sus oyentes! Marie no pudo evitar estallar en sollozos, y Henry no consiguió sin trabajo consolarla.

¿Adónde había ido el conde de Chanteleine? ¿Por qué esa partida precipitada? ¿Por qué ese secreto que su fiel Kernan no había podido penetrar?

—¡Ha ido a combatir, ha ido a reunirse con los Blancos! —fueron las primeras palabras de Marie.

—¡Sin mí! —exclamó Kernan.

Pero al considerar que Marie estaba sola en el mundo, comprendió que el conde le había tenido que dejar el encargo de protegerla.

Se discutió pues aquella suposición de que el conde hubiera rejuntado los restos del ejército católico. La hipótesis era muy plausible.

En efecto, la lucha continuaba, más ardiente y más obstinada, pese a todas aquellas guerras que la Convención tenía entre manos, a pesar del Terror que existía en París desde la ejecución de los Girondinos; aunque los miembros de ese gobierno estuvieran en lucha abierta con ciertos diputados de la Convención y aunque, pocas semanas después, Danton debiera sucumbir, el Comité de salud pública hacía prodigios de actividad.

Conviene conocer lo que ciertos hombres de partidos contrarios pensaron de ese Comité, que, por sus medios terribles y sanguinarios, salvó a Francia, entregada a todos los horrores de la guerra civil y a todos los peligros de la coalición.

En Santa Elena, Napoleón dijo:

«El Comité de salud pública es el único gobierno que ha tenido Francia durante la Revolución.»

El señor de Maistre, el hombre del partido legitimista, tuvo el valor de reconocerlo igualmente, diciendo que los emigrados, después de haber entregado Francia a los reyes, nunca habrían tenido la fuerza de arrancársela de sus manos.

Chateaubriand pensaba así de esos doce hombres llamados Barrère, Billaud-Varenes, Carnot, Collot-d'Herbois, Prieur de la Marne, Robert Lindet, Robespierre el mayor, Couthon, Saint-Just, Jean-Bon Saint-André, Prieur de la Côte-d'Or y Héroult-Séchelles, cuyos nombres están en su mayoría consagrados a la execración pública.

Sea como fuere, el Comité, queriendo acabar con la Vendée, entró en la vía de las más horribles devastaciones; las columnas infernales, dirigidas por los generales Turreau y Grignon, se adentraron en el país tras la derrota de Savenay. Saquearon, masacraron, arruinaron; mujeres, niños, ancianos, nadie escapó a sus sangrientas represalias.

El príncipe de Talmont fue capturado y ejecutado ante el castillo de sus antepasados; d'Elbée, enfermo, fusilado en su sillón, entre dos de sus parientes. Henri de La Rochejaquelein, el 29 de enero de 1794, tras una última victoria obtenida en Nouaillé sobre las columnas incendiarias, se adelantó hacia dos soldados Azules sorprendidos en un campo:

—Rendíos —les dijo—; os hago gracia.

Pero uno de esos miserables, apuntándole, lo mató de una bala en medio de la frente.

Entre tanto, los agentes más sanguinarios del comité eran enviados a las provincias; Carrier, en Nantes, desde el 8 de octubre, imaginaba esos medios que llamaba las deportaciones verticales, y el 22 de enero inauguraba sus barcos de compuertas en honor de los prisioneros del ejército vendeano.

Pero cuanto más los diezmaban, más ardientes se mostraban los realistas en combatir la revolución. Era pues posible que el conde de Chanteleine se hubiera unido bien a Charette, que había reanudado la campaña después de evacuar la isla de Noirmoutier, bien a Stofflet, que acababa de suceder a La Rochejaquelein.

El ejército católico estaba desmembrado; hacía entonces una terrible guerra de guerrillas. Stofflet y Charette, esos dos ilustres vendeanos, batían a los generales de la república. Charette, con diez mil hombres, durante tres meses vencedor de las tropas republicanas, derrotó y mató al general Haxo.

Esas noticias llegaban hasta el fondo de Bretaña, y Douarnenez tembló a menudo al estruendo de las batallas.

Si el conde no estaba en la Vendée, podía haberse lanzado al movimiento de la chouanería. Jean Chouan, durante los últimos meses de aquel funesto año de 1793, se había levantado, arrastrando a todas las poblaciones del bajo Maine, y lanzándose desde el fondo de la Mayenne hasta el fondo del Morbihan.

Había allí un gran papel que desempeñar para el conde de Chanteleine; ¿por qué no lo habría aceptado? Trégolan y Kernan discutieron todas esas probabilidades. Sin embargo el secreto guardado por el conde hacía dudar a Kernan.

—No se habría ocultado de nosotros —decía—, si hubiera vuelto a los campos de batalla.

—¿Quién sabe?

—No, tiene que haber otra cosa.

Entonces uno u otro iba a buscar noticias; se exponían incluso para saber lo que pasaba en la Vendée o en el Morbihan; el rumor de un combate les

ponía la muerte en el alma. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron averiguar nada.

Marie temblaba y rezaba por su padre, y al mirar a su alrededor, llegaba a considerarse casi aislada en el mundo.

Entonces le acometían momentos de desesperación. Kernan y el caballero intentaban tranquilizarla, sin lograrlo.

Los días pasaban; seguían sin noticias del conde; los rumores del exterior eran alarmantes.

El conde había desaparecido el 20 de marzo, y seis días después, los vendeanos reanudaban la ofensiva con un golpe brillante.

El 26 de marzo, la ciudad de Mortagne acababa de ser arrebatada a los Azules; ahora bien, en esa acción mandaba en jefe Marigny; Marigny, el antiguo compañero de Chanteleine, que, tras tres meses de vida errante, reaparecía victorioso.

Al enterarse de este hecho, Kernan exclamó:

— ¡Nuestro señor está allí! ¡Está en Mortagne!

Pero al conocer los detalles de la sangrienta batalla que había tenido lugar, al saber cómo los mejores soldados de los Blancos encontraron allí la muerte, la inquietud de los dos hombres y de la joven llegó al colmo, y cuando, quince días después de la toma de Mortagne, seguían sin noticias, Marie, desesperada, exclamó:

— ¡Mi padre, mi pobre padre ha muerto!

— Querida Marie — respondió Trégolan —, ¡tranquilizaos! No, vuestro padre no está muerto; nada lo demuestra.

— ¡Os repito que está muerto! — repetía la joven sin querer oírle.

— Sobrina — repuso Kernan —; en tiempos de guerra no se envían noticias como se quiere; a fin de cuentas, es una victoria la que acaba de obtenerse sobre los republicanos.

— ¡No, Kernan, no hay que esperar! ¡Mi madre muerta en su castillo, mi padre muerto en el campo de batalla! ¡Estoy sola en el mundo! ¡Sola, sola!

Marie sollozaba. Aquella prueba la había quebrantado; su frágil naturaleza no podía resistir tantos golpes repetidos. Y aunque no tenía ninguna prueba de la muerte de su padre, como ocurre en ciertos momentos de desesperación, se formó sobre este punto una convicción que nada pudo sacudir.

Sin embargo, cuando Marie exclamó que estaba sola en el mundo, Kernan sintió rodar una gruesa lágrima por su mejilla, su corazón sangró, y no pudo evitar decir:

— Sobrina Marie, tu tío está aún junto a ti.

— Kernan, buen Kernan — respondió la joven estrechando la mano del bretón.

— Siempre tendrás un amigo que te ame — repuso él.

— ¡Dos! — exclamó Trégolan, al que se le escapó esa palabra a pesar de sí mismo—. ¡Dos, querida Marie, pues os amo!

— ¡Señor Henry! — dijo Kernan.

— Perdonadme, Marie; perdonadme, Kernan; pero esas palabras me ahogaban. ¡No, mi querida bien amada no está sola en el mundo! ¡No! Me será grato consagrarle toda mi vida.

— ¡Henry! — exclamó la joven.

— Sí, la amo, vos lo sabéis, Kernan, y vos a quien su padre se la ha confiado, ¡aprobáis mi amor!

— Señor Henry, ¿por qué decir esas cosas, puesto que...?

— No temáis nada, Kernan, ni vos, mi querida Marie; si he hablado así, es porque voy a partir.

— ¡Partir! — exclamó Marie.

— Sí, alejarme de vos, de vos a quien amo y de quien hubiera querido llevarme alguna buena palabra. Si hubiera de quedarme, habría guardado este secreto en mi corazón, como lo había prometido a Kernan; pero me voy, ¿por cuánto tiempo? Lo ignoro; y ahora, ¿me perdonáis haber hablado?

— ¿Pero adónde vais, Henry? — preguntó la señorita de Chanteleine con un acento que penetró el alma del joven.

—¿Adónde voy? Al Poitou, a la Vendée, a Mortagne, a todas partes donde pueda encontrar a vuestro padre, a todas partes donde pueda tener noticias tuyas, para deciros si tenéis aún en la tierra para amarnos otro corazón que el de Kernan y el mío.

—¿Cómo? —dijo Kernan—. ¿Queréis reuniros con el conde?

—Sí, y lo conseguiré, le encontraré, ¡o moriré en el empeño!

—¡Henry! —exclamó la joven.

—¡Pues bien, id, señor Henry! —dijo Kernan con voz profundamente emocionada—. Que el cielo os proteja; durante vuestra ausencia, velaré sobre esa querida criatura; pero sed prudente, pues sabéis que contamos con vuestro regreso.

—Tranquilo, Kernan; tengo una tarea que cumplir, no para que me maten allá, sino para reunirme con el conde de Chanteleine, y no estará tan bien escondido que no lo encuentre. El rango que ocupaba en el ejército realista no permite que sea desconocido en él. Iré a Mortagne, Marie, y os traeré noticias de vuestro padre.

—Henry —repuso la joven—, vais a afrontar muchos peligros por nosotros. ¡Que Dios os acompañe, y que os recompense!

—¿Cuándo partís? —preguntó Kernan.

—Esta misma noche, al oscurecer; viajaré a caballo o a pie, según las circunstancias, pero llegaré.

Los preparativos de la partida no fueron largos. La joven, llegado el momento, tomó la mano del caballero entre las suyas y la retuvo largo tiempo sin poder hablar. Kernan estaba muy emocionado. Pero Henry sacó de los ojos de la joven una fuerza sobrehumana, y tras un largo adiós, se dirigió hacia la puerta.

En ese momento esta se abrió rápidamente y apareció un hombre envuelto en un manto.

Era el conde.

—¡Padre! —exclamó Marie.

— ¡Hija mía bien amada! — respondió el conde estrechando a Marie contra su corazón.

— ¡Oh, cuánto nos ha preocupado vuestra ausencia, padre, y el señor Henry iba a partir para encontraros y traernos de vuelta!

— ¡Buen muchacho! — dijo el conde tendiendo la mano al caballero—. Queríais volver a sacrificaros.

— ¡Vamos, todo va bien! — dijo Kernan—. Creo decididamente que la suerte está de nuestra parte.

El conde, que había callado sobre el motivo de su ausencia, no habló más del fin que había alcanzado. Le pareció evidente al bretón que ese viaje se vinculaba a una intriga realista, una especie de nueva conspiración, pero no interrogó a su señor al respecto.

Solo creyó deber poner al padre al corriente de lo que había pasado; le describió el amor del que había sido confidente, y cómo, durante la desesperación de Marie, la confesión de ese amor había brotado de los labios del joven; no dudaba de que la joven le amara.

— ¡Y desde luego nunca hombre alguno fue más digno de ser amado! — añadió el bretón—. Después de todo, nuestro señor, si ese matrimonio se decidiera, no podría celebrarse, pues no hay sacerdote en el país, y habría que esperar.

El conde sacudió la cabeza sin responder.

XIII. — EL SACERDOTE MISTERIOSO.

En efecto, aquella ausencia de sacerdotes en el departamento había suspendido necesariamente el ejercicio de la religión; las poblaciones del campo sufrían sobre todo ese estado de cosas. Y sin embargo, antes que reconocer a los juramentados, se encerraban en sus casas y huían de las iglesias; así los niños nacían sin recibir el bautismo, los moribundos morían sin haber sido administrados, los matrimonios no podían celebrarse ni religiosamente ni siquiera civilmente, pues los trastornos no habían permitido ni siquiera instalar las oficinas del estado civil.

Sin embargo, durante la última quincena de abril, un cambio manifiesto se produjo en los campos de la parte del Finisterre comprendida en un radio de algunas leguas alrededor de Douarnenez; pronto resultó evidente que un sacerdote había vuelto al país a cumplir su noble misión desafiando peligros sin cuento.

Fue algo que al principio se decía al oído; no había que despertar la atención de los espías que los municipios mantenían en todas partes; pero al fin parecía cierto que un hombre misterioso iba y venía por el país; en los tiempos malos, durante las tormentas, y de noche, un desconocido, siempre solo, recorría los campos, visitaba los pueblos, ya Pont-Croix, ya Crozon, Douarnenez, Poullan; no solo se trasladaba al seno de las parroquias, sino también a las casas más aisladas.

Parecía conocer perfectamente el país y estar al corriente de sus necesidades. Al nacimiento de un niño, acudía; traía consuelos y los últimos sacramentos a los moribundos; se le veía poco, pues su semblante estaba la mayor parte de las veces velado; pero no hacía falta verle, bastaba oírle para reconocer en él al ministro de una religión de caridad.

Este hecho, al principio poco conocido, no tardó en atraer la atención pública. Pronto se habló de ello en Douarnenez.

—Esta noche fue a casa de la madre Kerdenan y la administró —decía uno.

—Anteayer bautizó al niño de los Brezenelt —respondía otro.

—Aprovechemos mientras esté aquí —replicaban ingenuamente los demás—, pues bien podría sucederle una desgracia.

Los habitantes de esa costa, gente piadosa en suma, estaban contentos con la presencia de ese desconocido, que renovaba la situación moral del

país.

Había un viejo tronco de roble en la carretera de Douarnenez a Pont-Croix donde los que reclamaban los auxilios de la religión depositaban un papel, una nota, cualquier señal, y a la noche siguiente el sacerdote misterioso aparecía.

Dado su aislamiento, los huéspedes de Locmaillé no conocieron al principio ese nuevo estado de cosas; apenas conversaban con sus vecinos, y gustaban de encerrarse en casa. Durante dos meses al menos, aquella santa misión fue ejercida sin que ellos estuvieran enterados, sin que pudieran aprovecharla por su cuenta.

Sin embargo, el buen Locmaillé se enteró de lo que pasaba; dijo algo de ello a Kernan; el bretón no tuvo nada más urgente que hablárselo a su señor; un destello de satisfacción brilló en los ojos del conde.

—A fe mía —dijo Kernan—, ese sacerdote debe de ser un hombre valiente y entregado, pues hace falta entrega y valor para actuar así.

—Sí —respondió el conde—; pero se ve recompensado por el bien que derrama a su alrededor.

—Sin duda, nuestro señor, y me explico que los habitantes de esta costa estén contentos de su presencia en el país. ¡Sabéis que era duro morir sin confesión!

—Sí —respondió el conde.

—Para mí —retomó el bretón con profunda convicción—, sería el peor de los dolores; el niño recién nacido puede esperar su bautismo, y cada cual tiene el derecho de reemplazar al sacerdote junto a una cuna; los jóvenes pueden aplazar el matrimonio a tiempos más felices. ¡Pero morir sin un confesor a la cabecera, eso es para desesperar!

—Tienes razón, mi pobre Kernan.

—Pero me ocurre pensar —retomó el bretón—, que esto le agradará al señor Henry. Le debemos mucho a ese valioso joven; afortunadamente nos será fácil ser agradecidos con él. ¡Sabéis que mi sobrina tendrá en él un marido con el que podrá contar? Y sin duda, al permitirle salvarla, el cielo la reservaba para él en el futuro.

— Debemos pensarlo, Kernan — respondió el conde—. ¡Quiera esa querida criatura ser feliz como lo merece! Ha sido suficientemente probada para que el cielo le conceda en adelante una existencia dichosa. Pero antes de hablarle de este sacerdote al caballero, Kernan, déjame arreglar este asunto.

Kernan prometió no decir nada, pero el caballero no tardó en oír hablar de lo que era la conversación de todo el país. En seguida vino a entretener a Kernan de su gran descubrimiento, y el bretón no pudo evitar sonreír.

— Habladle esta noche en la cena — le dijo—, y ya verá lo que se le responde.

Henry siguió el consejo de Kernan, y esa misma noche, tras tender la mano a Marie, llamaba al conde de Chanteleine con el nombre de padre.

— Pero ese sacerdote — dijo—, ¿quién le verá?

— Yo — dijo el conde.

Marie se arrojó en sus brazos.

— Bien, bien — dijo Kernan—; y eso nos traerá suerte. No me sorprendería que esto fuera el fin del fin. ¡Ah, señor Henry, lo querrá bien!

— Sí, tío — respondió Henry precipitándose al cuello del bretón.

Un largo mes transcurrió aún; el conde ya no hablaba del sacerdote misterioso. ¿Le había visto? Henry apenas se atrevía a preguntar. Pero una noche, el conde anunció a sus hijos que su matrimonio se celebraría en las grutas de Morgat el 13 de julio; eran tres semanas de paciencia.

Había pues que resignarse y esperar. El tiempo parece muy largo cuando conduce a la felicidad, y sin embargo es el que camina más deprisa; se ocuparon de mil pequeñas cosas. Kernan quiso que Marie estuviera bella con su traje de novia, y gastó algunos viejos escudos en comprarle un lazo por aquí, una gorguera por allá. Henry se arruinó de verdad, lo que no fue difícil; sin decir nada, fue un día a Châteaulin y trajo un hermoso traje de campesina bretona.

Hay que decir también que Kernan tuvo a honor figurar en la ceremonia con unos buenos zapatos gruesos, y no fue el último el buen Locmaillé en querer tener zuecos nuevos.

Por fin, todo estuvo listo mucho antes del día fijado. Henry se preocupaba siempre por el sacerdote; habría querido verle. Habiendo sabido la historia del tronco de árbol, fue allí una mañana, y depositó un billete que recordaba al cura misterioso aquella importante fecha del 13 de julio, y las grutas de Morgat.

Pocos instantes después, un hombre de aspecto bastante sospechoso se apoderaba del billete y desaparecía al instante.

Por fin llegó la víspera del gran día; la última velada se pasó en la sala baja. Henry no podía contener su felicidad. El conde habló a sus hijos de los grandes deberes de la vida, y cómo había que cumplirlos; les dijo cosas conmovedoras; Henry y Marie se arrojaron a sus rodillas y le pidieron que los bendijera.

—Sí —dijo el conde—; ¡que el cielo os bendiga! ¡Que os absuelva por mi voz! ¡Que os guarde durante el resto de vuestra vida! ¡Oh, sí, hijos míos bien amados, que cumpla las bendiciones de un padre!

Luego, levantándolos, los estrechó a los dos entre sus brazos.

XIV. — LAS GRUTAS DE MORGAT.

El cabo de la Cabra forma el extremo de una larga lengua de tierra formada por la curvatura de la costa norte, que viene a cerrar en parte la bahía de Douarnenez. El promontorio cubre a su vez una especie de pequeña bahía interior, que se ve perfectamente desde el burgo, algo a la izquierda.

Es hacia la parte central y sobre una magnífica playa donde se encuentran las célebres grutas de Morgat. Las hay varias. Son accesibles con la baja-

mar, salvo la más bella e importante, en la que solo se puede penetrar con la marea alta.

Esta última es muy vasta; tiene profundidades que la mirada humana nunca ha podido sondear por falta de aire respirable; las antorchas que se llevan allí palidecen primero y acaban por apagarse; los seres vivos no podrían vivir allí. Pero toda la parte delantera de la gruta es vasta, aireada y de un aspecto grandioso.

Era el lugar elegido para la celebración del matrimonio. Pronto corrió la voz por las parroquias vecinas de que allí se celebraría una misa solemne. Se comprende el efecto de esa noticia sobre una población privada desde hacía tanto tiempo de sus ceremonias religiosas; así pues, en el país todos se proponían ir en tropel a las grutas de Morgat. Por lo demás, la elección del lugar debía poner a los fieles a cubierto de toda sorpresa.

En efecto, los pescadores, forzados a escuchar la misa desde su barca, podían escapar fácilmente a los Azules que quisieran sorprenderlos por tierra. Eso fue lo que decidió al sacerdote a officiar públicamente.

Llegó el día; soplaban un buen viento del este, muy favorable. Desde la mañana, un gran número de chalupas cargadas de hombres, mujeres, niños y ancianos abandonaron el puerto de Douarnenez para cruzar la bahía. El espectáculo fue magnífico con esa flotilla que largaba las velas con los pescadores engalanados con sus mejores ropas.

La barca de Trégolan precedía a todas las demás. Marie estaba encantadora bajo su traje de novia bretona, con su aire de felicidad, siempre un poco melancólico. Henry le tenía la mano. Kernan estaba al timón y el buen Locmaillé a proa.

El conde de Chanteleine había salido muy de mañana, antes del desayuno; era preciso que todo estuviera listo, y sobre todo que el personaje principal, el sacerdote, estuviera allí.

Así pues, la flotilla avanzaba por un mar bello; a veces el viento arreciaba; todas aquellas chalupas se inclinaban juntas y se enderezaban cuando había pasado la brisa. El burgo de Douarnenez ya se perdía en la lejanía.

Pronto fue visible la gruta. No había campanario para distinguirla, ni campana sonando alegremente en el aire una misa de bodas; pero la piedad de toda una población iba a convertirla en iglesia natural.

Cuando se llegó ante la gruta, la marea no estaba aún bastante alta para penetrar en ella; las barcas se dispusieron en buen orden y esperaron.

Al fin la marea se lanzó por encima de la playa, primero espumando sobre la arena, luego más tranquila a medida que subía. Las chalupas entraron y se dispusieron circularmente a lo largo de los muros de granito. Estos, revestidos de rocas rojas, tomaban reflejos de cornalina que encantaban la vista.

En el centro de la gruta se encuentra un peñasco aislado, un islote de algunos pies cuadrados sobre el que se había erigido un altar; algunas velas ardían en candeleros de madera, y las últimas ondulaciones del mar venían a morir al pie de ese altar, mientras las barcas se balanceaban al movimiento del oleaje.

Marie, sin embargo, paseaba a su alrededor una mirada inquieta.

—¿Y mi padre? —dijo al bretón.

—No puede tardar en venir —respondió Kernan.

—¡Marie, os amo! —murmuraba el joven al oído de la joven.

Pronto, al fondo de la gruta, repicó una campanilla, y se vio avanzar lentamente una barca: un niño agitaba la campanilla, un pescador remaba a proa; a popa, el sacerdote llevaba el cáliz. Llegó al peñasco, desembarcó, depositó el vaso sagrado sobre el altar y se volvió hacia los asistentes.

—¡Padre mío! —exclamó Marie.

—¡Él, él! —exclamó Kernan.

Aquel sacerdote era el conde de Chanteleine, y mientras los suyos, estupefactos, sin poder creer a sus ojos, permanecían en el más profundo silencio, el conde tomó la palabra y dijo:

—Hermanos, amigos, quien os habla es un padre; viudo, se ha hecho sacerdote para traer los auxilios de la religión. Un santo obispo, escondido cerca de Redon, le ha dado el derecho de ejercer el divino sacerdocio; viene a casar a su hija con quien la salvó del cadalso, y os pide que recéis por ella.

Aquellas palabras fueron seguidas de un estremecimiento. Todos los pescadores reconocían a quien así les hablaba y comprendieron su sublime entrega. Marie lloraba, y Kernan no podía pronunciar una palabra.

La ausencia del conde se explicaba entonces: los estudios teológicos que había hecho en su juventud le habían permitido franquear rápidamente los primeros grados del estado sacerdotal, y en pocos días había sido ordenado sacerdote.

Luego, de regreso junto a los suyos, empleó sus noches en ejercer su santo ministerio; se escapaba de su casita por la escalera exterior sin que nadie sospechara su ausencia, y si no reveló antes a sus amigos, a su hija, el secreto de su nueva existencia, fue porque no quiso asustarlos con el temor de los peligros a que se exponía.

Con la mano, el conde hizo acercar la barca de los novios hasta el pie del peñasco, y la misa comenzó.

Había algo conmovedor en ver a ese viudo convertido en sacerdote, a ese padre que casaba a su hija; la extrañeza de aquella situación dominaba todos los espíritus.

Pronto el murmullo de la oración se mezcló al murmullo de las olas. Se sentía, al escucharle, cuán emocionada estaba la voz del conde.

Por fin llegó el momento de la elevación; el sonido de la campanilla repicó; los fieles se inclinaron en profundo recogimiento, y el sacerdote elevaba al cielo la hostia consagrada, cuando de repente estallaron gritos afuera.

— ¡Fuego! — exclamó una voz.

Y una espantosa descarga estalló de repente.

— ¡Los Azules, los Azules! — se gritó por todas partes.

Y cada barca echó a huir hacia afuera, bajo el fuego de un bergantín de guerra, El Sin-Calzones, que se había emboscado ante la playa. Había echado sus chalupas al agua, y, cargadas de soldados, se dirigieron hacia la gruta.

El desorden era extremo; heridos expiraban, unos intentaban aferrarse a los peñascos y ganar la llanura, otros se ahogaban en medio del humo; no se veía nada. Los republicanos penetraron entonces en la gruta; una barca llegó hasta el altar, sobre el que saltó un hombre:

— ¡Ah, conde de Chanteleine, te tengo! — exclamó, aferrando al sacerdote y entregándolo a sus soldados — . ¡Sacerdote y noble! ¡Tu asunto está bien!

Aquel hombre era Karval. El billete depositado por Henry había sido interceptado por un espía que vigilaba el país. Al instante Karval, enterado del asunto, partió en un navío de Brest, y vino a sorprender a los desgraciados.

Kernan había visto a Karval; pero ante un grito del conde, rechazó vivamente la barca, y se refugió en la parte más oscura de la gruta.

Sin embargo, Karval había tenido tiempo de reconocer a Marie, con gran asombro suyo, pues la creía muerta; la hizo buscar por todas partes, y para escapar a sus enemigos, Kernan no dudó en lanzar la barca hacia una de aquellas profundas cavidades, donde arriesgaba perecer por falta de aire.

Karval juraba, blasfemaba mientras proseguía sus pesquisas.

— ¡Nada, nada! ¡La muchacha se me escapa! ¿Cómo es que no fue ejecutada? ¿Por dónde han podido huir?

Se hizo conducir fuera de la gruta. Los que de los pescadores habían podido ganar la orilla huían en todas direcciones; Karval no vio nada y tuvo que contentarse con la captura del conde.

Este fue llevado a bordo del bergantín, que se hizo a alta mar y volvió hacia Brest.

Sin embargo, la situación de Kernan era terrible; la joven, desmayada, yacía a sus pies; Henry se sentía asfixiar. Por fin la barca de Karval abandonó la gruta. El bretón se apresuró entonces a abandonar aquel funesto refugio, y reanimó a Marie humedeciéndole el semblante descolorido.

— ¡Vive, vive! — exclamó el joven.

— ¡Padre mío! — murmuró Marie.

Henry no respondió, mientras Kernan hacía un gesto de amenaza y de cólera.

— ¡Ah, Karval! — dijo — . ¡Te mataré!

Dejando entonces a Marie al cuidado del caballero, cuya unión no había sido aún bendecida, Kernan se echó al agua a nado y ganó el frente de la playa; al no ver ya a los republicanos, salió poco a poco, y llegó a la orilla; había allí cadáveres y sangre; subió a lo alto de los peñascos, y se reunió con algunos desdichados que se escondían.

—¿Y los Azules? —les preguntó.

—Allá.

Le mostraron el bergantín, que en ese momento doblaba el cabo de la Cabra.

—¿Y el sacerdote? —preguntó Kernan.

—A bordo —respondieron los pescadores.

Kernan se dejó deslizar desde lo alto del terraplén a la playa y volvió a entrar en la gruta; se sumergió de nuevo, y volvió a ganar la barca donde Marie estaba tendida, respirando apenas.

—¿El conde? —preguntó Henry.

—Llevado a Brest.

—¡Pues hay que ir a Brest! —exclamó Henry—. ¡Liberarle o morir!

—Eso pienso también —respondió Kernan—. Además, no podemos volver a Douarnenez; ya no estaríamos seguros allí. Locmaillé devolverá la chalupa; nosotros nos esconderemos en los alrededores de Brest y esperaremos.

—¿Pero cómo llegar allí?

—Hay que ganar por tierra la rada de Brest.

—¿Y Marie?

—Yo la llevaré —dijo Kernan.

—Caminaré —respondió la joven levantándose con una fuerza sobrehumana—. ¡A Brest, a Brest!

—Esperemos la oscuridad —dijo Kernan.

Todo el día transcurrió entre temores y desesperación; aquellas pobres gentes habían sido heridas por un rayo en medio de su felicidad.

Kernan sacó la chalupa con la marea de la tarde; cuando llegó la noche, ganó la playa, estrechó la mano al buen Locmaillé, y, sosteniendo a Marie, tomó a través de los campos.

Media hora después, los fugitivos llegaban al pueblo de Crozon, situado a media legua de las grutas; encontraron en la carretera cadáveres aún calientes. Caminaron así durante más de una hora.

¿Adónde iban esos desdichados? ¿Qué iban a hacer? ¿Qué esperaban? ¿Cómo arrancar al conde de la muerte? No lo sabían, pero iban. Pasaron así los pueblos de Pen-av-Menez, Lescoat, Laspilleau, y llegaron por fin al Fret, situado a orillas de la rada de Brest, tras dos horas de marcha.

Marie no podía más; afortunadamente Kernan encontró un pescador que quiso hacerles cruzar la rada.

Se embarcaron; a la una de la mañana, Kernan, Marie y Henry desembarcaban, no en Brest, sino en la costa que conduce a Recouvrance, cerca del Porzik, a la puerta de una mala posada donde pudieron encontrar una habitación.

Kernan, al día siguiente, fue a buscar noticias, y supo el regreso del bergantín El Sin-Calzones, que había hecho una presa importante en las costas de Bretaña.

Kernan volvió pues a la posada.

— Ahora, Henry —dijo—, os dejo con vuestra prometida; yo voy a la ciudad, quiero saber a qué atenerme.

Kernan partió, siguió la costa, entró por Recouvrance, llegó al puerto de Brest, lo cruzó en barca, y remontó hacia el castillo, en torno al cual rondó todo el día.

Brest estaba en presa al más espantable terror; la sangre corría a raudales en sus plazas públicas. Uno de los miembros del Comité de salud pública, Jean-Bon Saint-André, ejercía allí las más horribles represalias.

El tribunal revolucionario funcionaba sin tregua. Se llegaba incluso a guillotinar por mediación de niños, «para enseñarles a leer en el alma de los enemigos de la República».

La locura se mezclaba a la embriaguez de sangre.

Kernan, interrogando a unos y a otros, supo que el conde había sido encarcelado y condenado a muerte. Solo que se retrasaba su ejecución por un motivo atroz.

Karval quería que la joven fuera guillotizada ante los ojos de su padre, y había jurado apoderarse de ella a cualquier precio.

—Eso no puede suceder — se dijo sencillamente Kernan —; ¡hay cosas que el cielo no permitiría!

Sea como fuere, Karval, tras recibir las felicitaciones de los clubes y del procónsul, volvió a Douarnenez ese mismo día y continuó sus pesquisas.

Kernan volvió al anochecer al Porzik; comunicó a los dos jóvenes que la ejecución del conde estaba retrasada, sin decirles por qué razón, y anunció su intención de ir cada día a Brest a saber lo que allí ocurría. Pero por encima de todo, les recomendó que no pusieran el pie en la calle.

Marie, por lo demás, estaba acostada y moribunda. Aquella última prueba la había quebrantado.

Durante trece días, Kernan partió por la mañana y volvió al anochecer sin traer ningún hecho nuevo. La mayoría de los pescadores arrestados en Morgat, con sus mujeres y sus hijos, habían sido ejecutados. En cuanto al conde, solo un milagro podía salvarle.

Al atardecer del decimotercer día, el 26 de julio, Kernan, que había partido por la mañana como de costumbre, no regresó, y Henry pasó la noche en una mortal inquietud.

XV. — LA CONFESIÓN.

El regreso de Kernan había sido en efecto retrasado por un encuentro inesperado. Eran las nueve de la noche; volvía desesperado; se anunciaba para el día siguiente la ejecución del ex conde de Chanteleine. Karval, al no poder encontrar a la joven, había ordenado por fin el suplicio.

Kernan estaba decidido a emplear los medios extremos para arrancar al conde de la funesta carreta que lo conduciría al cadalso. Pero antes de tomar una decisión, quiso ver al caballero y a su sobrina Marie por última vez quizás. Caminó pues a grandes zancadas, tras haber rondado largo tiempo en torno a la prisión.

Ya había cruzado el puerto de Brest, y subía por las calles empinadas y apartadas de Recouvrance, cuando vio caminar delante de él a un hombre cuya apostura le llamó la atención. La oscuridad no era aún suficiente para que pudiera equivocarse. Ciertos detalles le hicieron pensar que aquel hombre era quien tanto odiaba. Pronto no pudo dudarlo.

— ¡Karval! — se dijo — . ¡Karval!

El odio, la cólera, el deseo de venganza le cegaron un instante hasta el punto de que estuvo a punto de lanzarse sobre el miserable y matarle en el acto. Pero logró contenerse.

— Le tengo — dijo — . ¡Sangre fría!

Kernan se puso a seguir a Karval; se quitó los zapatos; le dejó tomar cierta ventaja para no ser notado, y, corriendo descalzo cuando su enemigo doblaba la esquina de una calle, volvía a seguirle la pista como un salvaje de las praderas de América.

Karval se adentró por las callejuelas empinadas tan numerosas en aquel barrio de la ciudad. La oscuridad crecía poco a poco, y las calles se iban quedando desiertas; Kernan tuvo que acercarse a Karval para no perderle de vista. Por lo demás el miserable, sin sospechar la presencia del bretón en la ciudad, no le habría reconocido. Sin embargo, no tardó en ver que le seguían, y apretó el paso. Kernan, temiendo a cada instante que una puerta se abriera ante él, resolvió abordarle. Apresuró pues la marcha, y le alcanzó cerca del camino de ronda, a lo largo de las fortificaciones de la ciudad.

Karval retrocedió vivamente, y con voz poco tranquila dijo al bretón:

— ¿Qué me quieres, ciudadano?

—Tengo una denuncia que hacerte —respondió Kernan.

—Ni el lugar ni la hora son los adecuados —replicó Karval, cuyo brazo el bretón había aferrado.

—Sí lo son, para un patriota como tú... Mi asunto interesa a la República.

—En fin, ¿qué quieres?

—Buscas a la ciudadana de Chanteleine.

—¡Ah! —exclamó Karval recobrando confianza en su odio—. ¿Sabes dónde está?

—Está en mi poder —respondió Kernan—, y puedo entregártela.

—¿Ahora mismo?

—En este instante.

—¿Y qué pides a cambio? —dijo el miserable.

—Nada. Ven pues.

—Espera; el puesto de los adarves no está lejos. Voy a tomar algunos hombres, y, antes de mañana, la ciudadana hará la voltereta ante los ojos de su padre.

La muñeca de hierro del bretón apretó el brazo de Karval tan violentamente, que este no pudo reprimir un grito. En ese momento, la luz de un farol cayó sobre el semblante de Kernan, y Karval le miró. De repente sus facciones se descompusieron, y con voz entrecortada exclamó:

—¡Kernan! ¡Kernan!

Quiso pedir socorro, pero la voz le faltó; temblaba; aquel bandido era el más cobarde de los hombres. Por lo demás, podía estar asustado con razón; el semblante de Kernan relampagueaba, y su mano estaba armada de un ancho cuchillo, cuya punta se apoyaba en el pecho del republicano.

—Una palabra, y caes muerto —dijo el bretón con voz grave—; vas a seguirme.

—¿Pero qué quieres? —balbuceó el miserable.

—Hacerte ver a la señorita de Chanteleine; pon tu brazo bajo el mío. ¡Vamos, nada de remilgos! No eres de fuerza; vamos a pasar ante casas

habitadas, ante puestos incluso; siempre sentirás esa hoja apoyada en tu corazón; al menor grito, la hundo. Pero sé que eres un cobarde; no gritarás.

Karval no pudo responder; aferrado en un tornillo de hierro, siguió al bretón; y aquellos dos hombres, del brazo, tenían el aire de dos amigos. Kernan se dirigió hacia la puerta de Recouvance; varias veces transeúntes rezagados cruzaron a Kernan y Karval; este no se atrevió a abrir la boca; sentía la punta del puñal que desgarraba sus ropas.

Las calles se iban haciendo cada vez más desiertas; había grandes nubes negras que hacían la noche muy oscura. A veces Kernan apretaba tan fuerte a su compañero que sordos gemidos escapaban de la boca del miserable.

—Me haces daño —decía.

—No es nada —respondía el bretón.

Por fin llegaron a la poterna. Allí había una puerta bastante bien iluminada; Karval vio a los soldados yendo y viniendo en el cuerpo de guardia; no tenía más que un grito que lanzar para que le oyeran; calló no obstante.

A diez pasos, la centinela se paseaba de un lado a otro. Karval rozó al soldado al pasar; no tenía más que hacer una señal; no la hizo. El puñal de Kernan entraba en su pecho, y algunas gotas de sangre se filtraban a través de sus ropas.

Pronto el doble recinto amurallado fue rebasado; los dos hombres remontaron la carretera principal durante un cuarto de legua en el más profundo silencio, Karval siempre encadenado a Kernan; luego el bretón se metió por un camino cubierto a la izquierda, y no tardó en llegar a uno de esos campos incultos rodeados de piedras que forman la cima de los altos peñascos de la costa.

Se oía el mar romper al pie de los peñascos a cien pies de profundidad.

Allí, Kernan se detuvo:

—Ahora —dijo con voz grave, pero que indicaba una resolución irrevocablemente tomada, y en la que estaba impresa toda la terquedad bretona—, ahora, vas a morir.

—¡Yo! —exclamó el miserable.

Quizás quiso llamar entonces, pero la voz se le quedó en la garganta.

—Puedes gritar —dijo el bretón—; puedes pedir gracia; nadie te oirá, ni siquiera yo. Nada te salvará. En tu lugar, a fe de bretón, moriría valientemente, y no como un cobarde.

Karval intentó debatirse; pero el bretón con una mano le sujetó y le dobló hasta el suelo.

—¡Kernan! —dijo entonces Karval con voz entrecortada—. ¡Gracia! Soy rico, tengo oro; te daré mucho. ¡Mucho! ¡Gracia, gracia!

—¡Gracia a ti, miserable! —exclamó Kernan con voz terrible—. ¡Tú que con tu mano asesinaste a nuestra buena señora, tú que con tu mano arrestaste a nuestro señor, tú que le has hecho condenar a muerte, tú que vas a arrojar a nuestra hija a la guillotina; tú, bretón renegado, ladrón, incendiario, que has saqueado, arruinado, quemado tu país! ¡Ah, Dios me condenaría, miserable, si no te matara con mi mano! ¡Muere pues!

Karval estaba tendido en tierra, el brazo de Kernan se levantaba para herirle, cuando el bretón se detuvo. Una idea repentina acababa de cruzar por su espíritu. En el transcurso de aquella guerra, esa misma idea suspendió a menudo la muerte de los prisioneros republicanos, y tomaba su origen en ese sentimiento religioso que levantó en masa a los vendedanos.

Kernan se había levantado diciendo:

—Morirás, pero no morirás sin confesión.

Karval apenas comprendía esas palabras; pero en fin, su muerte aplazada, aún tenía una débil oportunidad de escapar; era incapaz de hacer un movimiento. Kernan le levantó con una mano, hablándose a sí mismo, sin hacer mayor caso del miserable Karval.

—¡Sí! Hay que confesarle. No tengo derecho a matarle sin confesión. ¡Pero un sacerdote! ¿Dónde encontrar uno? ¡Iré hasta dentro de Brest a buscar uno, si hace falta! ¡Un juramentado, un juroux! ¡Con eso bastará para ese bribón!

Entre tanto, el bretón caminaba; Karval, como una masa inerte, colgaba de su brazo, y gotas de sangre marcaban su paso sobre las piedras del camino.

Sin embargo, pronto aparecieron los muros de Brest, y Karval, en quien sobrevivía el instinto de conservación, comprendió cuál era la única oportu-

nidad que se le ofrecía; una vez de vuelta en la ciudad, estaba decidido a pedir socorro aunque le costara caer muerto. Abrió pues los ojos, y vio poco a poco dibujarse los adarves en la sombra. Unos pasos más, y podría intentar su último medio de salvación.

En ese momento, al extremo de un camino hondo que cortaba la carretera, divisó a un hombre que pasaba. Entonces reunió un último resto de energía; se arrancó del abrazo del bretón, y corrió gritando:

— ¡Salvadme, salvadme!

Pero en dos saltos, Kernan alcanzó a Karval, y mirando a aquel hombre que el azar ponía ante él, lanzó un grito de feroz alegría:

— ¡Yvenat! — exclamó —. ¡El cura Yvenat! ¿Quién se atrevería a decir que la justicia de Dios no está en todo esto, Karval? Escucha: ¡es un sacerdote!

Karval retrocedió.

— Yvenat — dijo entonces Kernan —, os conozco; fui yo quien os salvé de la isla Tristán. Sois sacerdote; este hombre está condenado a morir; confesadle.

— ¡Pero...! — dijo el sacerdote.

— ¡No hay peros! ¡Nada de gracia que esperar! Obedeced.

Yvenat quiso resistirse; Kernan levantó su formidable mano diciéndole:

— No me obligues a alzar la mano sobre ti. Confiesa a este hombre. Si no puede hablar, voy a ayudar a sus recuerdos; ¡ha matado y robado! No le quedan más que algunos minutos para arrepentirse antes de comparecer ante Dios.

Ocurrió entonces una escena espantosa; el miserable, al que volvieron en un instante los recuerdos y los sentimientos de su juventud, las lecciones de su infancia, se acusó vagamente, llorando, dando lástima sin emocionar al bretón. No sabía lo que decía; Yvenat temblaba de todos sus miembros, un terror irresistible se apoderaba de él; el sacerdote apenas oía las palabras que el penitente pronunciaba sin comprenderlas, y al fin, sin poder más, dándole una absolución precipitada, huyó sin atreverse a volver la cabeza.

No había desaparecido aún en el ángulo del camino hondo, cuando un grito siniestro resonó en el aire, y pronto el sacerdote espantado pudo ver a un hombre que llevaba a otro hombre sobre sus hombros, pasar lentamente por los campos desiertos, y precipitar un cadáver desde lo alto de los peñascos en las oscuras aguas de la bahía.

XVI. — EL 9 DE TERMIDOR.

A medianoche, Kernan volvía al Porzik. Declaró que acababa de matar a Karval. Marie, estremecida, volvió a su habitación. En cuanto se fue, el bretón aferró el brazo del caballero.

—Mañana es la ejecución —dijo.

Henry palideció de terror.

—Mañana —repuso Kernan—; pero arrancaré a nuestro señor de la muerte al pie mismo del cadalso, o moriré.

—Iré con vos, Kernan —dijo Henry.

—¿Y Marie, qué será de ella?

—Marie, Marie —dijo el joven.

—Hace falta que os quedéis allí, si yo llegara a morir. Pero que no sepa nada, la pobre criatura; mañana será huérfana, o su padre le será devuelto.

Henry quiso insistir aún, pero se debatía consigo mismo, y la razón, de acuerdo con sus sentimientos, le imponía la ley de permanecer junto a su prometida.

Ni Kernan ni Henry durmieron durante aquella funesta noche; el bretón rezó con fervor.

Por la mañana, Kernan abrazó a Marie, estrechó la mano del caballero, y volvió a tomar el camino de Recouvrance. No tenía ningún plan fijo: las circunstancias le decidirían a actuar.

A las seis entró en la ciudad, y se dirigió hacia la prisión. Durante dos horas esperó; vio llegar la carreta pintada de rojo. A las ocho, volvía a salir con una carga de condenados; el conde de Chanteleine estaba entre ellos. Los guardias nacionales los rodeaban, y el fúnebre cortejo se dirigió hacia el cadalso.

Un momento, el conde divisó a Kernan entre la multitud. Una interrogación rápida pasó por su mirada; ¿qué podía preguntar, sino qué había sido de su hija?

Un gesto de Kernan le hizo saber que estaba a salvo; el conde lo comprendió, pues una sonrisa pasó por sus labios, y se puso a rezar con un fervor en la que había viva gratitud.

La carreta avanzaba en medio de una multitud considerable. Los sans-culottes de la ciudad, los clubistas, todo el desecho de la población insultaba a los condenados, los amenazaba y les prodigaba las más groseras injurias. El conde sobre todo, noble y sacerdote, era blanco de sus más odiosas vocerías.

Kernan caminaba junto a la carreta; al doblar una calle, el instrumento de muerte apareció; no estaba a doscientos pasos.

De repente, una parada tuvo lugar; la multitud se detuvo. Algo estaba ocurriendo; la gente se interrogaba; gritos se mezclaban a los aullidos. Se escuchaban incluso estas palabras:

— ¡Basta, basta!

— ¡Haced volver atrás a los condenados!

— ¡Abajo los tiranos, abajo Robespierre! ¡Viva la República!

Una palabra lo explicó todo. El 9 de termidor acababa de estallar en París. El telégrafo, que dos años antes Chappe había hecho adoptar por la

Convención, traía al instante la gran noticia. Robespierre, Couthon, Saint-Just acababan a su vez de perecer en el cadalso.

Se produjo de inmediato una especie de reacción; la gente estaba hastiada de sangre. La piedad se impuso un instante a la cólera; la fatal carreta se detuvo.

Kernan se lanzó en seguida, arrancó al conde con una fuerza irresistible en medio de vítores y gritos, y media hora después, el conde estaba en brazos de su hija.

Durante los pocos días de estupor que siguieron al 9 de termidor, el conde y los suyos pudieron abandonar el país y por fin pasar a Inglaterra. Dios había dado a sus infortunios un desenlace que no podían esperar de parte de los hombres.

Aquí termina este episodio, tomado de los peores días del Terror. Lo que siguió, cada uno lo adivina.

El matrimonio de Henry de Trégolan y Marie se celebró en Inglaterra, donde toda la familia permaneció durante algunos años.

En cuanto los emigrados pudieron regresar a su país, el conde fue uno de los primeros en volver a Francia. Regresó a Chanteleine con su hija, Henry y el valiente Kernan.

Allí vivieron felices y tranquilos; el conde administró pacíficamente su pequeña parroquia, prefiriendo ese humilde papel a las dignidades que le fueron ofrecidas, y los pescadores de la costa hablan aún con pesar y gratitud del noble cura de Chanteleine.

Jules VERNE. FIN.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB